

Año XXXI.

Madrid, Jueves 10 de Agosto de 1911.

Núm. 32.

## LOS AMIGOS DE "EL MOTÍN"

Desde que reapareció EL MOTÍN y en él trabajé con relativa asiduidad—menor que mi deseo, mayor que la paciencia del lector,—hube de salir de Madrid cuatro veces: á Barcelona, á Asturias, á Vigo y al Campo de Gibraltar. ¡Qué buenos y desconocidos amigos encontré, qué valerosos luchadores, qué abnegados partidarios, qué excelentes hombres sin tacha ni miedo!

Por doquiera, y sin buscarlos, hallé hombres de todas condiciones, de cuyos labios salieron frases de justicia y de cariño para EL MOTÍN, para su director y para los que le ayudan, y halagüeñas lisonjas para este colaborador del semanario, que se vio agasajado con noble hospitalidad y cariñosas y delicadas atenciones que le obligan á dar fe de su gratitud...

Un día recorro una mina de carbón de piedra, y cuando descansábamos de la horrenda correría entre negruras y fango, cuando fumábamos en abandonada galería sin peligro de explosión, alumbrados de las tristes lámparas de seguridad, el capataz, un muchacho inteligente y culto, dice:

—¡Hablemos de EL MOTÍN!

Y se habló de EL MOTÍN en las entrañas del monte.

Otro día en recóndito pueblo cercano á Covadonga, que fué corte de los primeros reyes de Asturias, el juez municipal busca al humilde escritor y también le dice:

—¡Hablemos de EL MOTÍN!

Otro día no me había apeado de la diligencia que me llevaba de Villaviciosa á Colunga, cuando se presenta un viejo indiano, y asimismo dice:

—¡Hablemos de EL MOTÍN!

Y otro día un modesto comerciante de la Corredoria de Oviedo, sobre la poética fuente sombreada de olmos, rodeada de piedras en guisa de bancos donde descansan de sus bellos paseos el P. Feijóo, repite:

—¡Hablemos de EL MOTÍN!

Y ahora, hace unos días, en Algeciras un puñado de lectores, y en Gibraltar un madrileño dueño de una tienda y sus amigos, en La Línea una legión de elementos radicales reiteran:

—¡Hablemos de EL MOTÍN!

Y en esta última población un viejecillo que gana con su trabajo el pan de sus últimos días, republicano de toda la vida, herido en Alcolea, capitán sublevado en Badajoz, tiene para el narrador conmovedoras atenciones de padre más que de hermano y una hospitalidad delicadísima...

No buscó el andariego escritor á estos hombres, cuya existencia ni aún sospechaba; fué como una recóndita atracción, la afinidad, la simpatía quien le unió á ellos, naciendo de esta unión

una grata, noble y desinteresada amistad.

Y estos hombres de tal modo no están unidos á Nakens, que éste ni aun sabe de ellos.

Y ellos no son, como pudiera sospechar la suspicacia, unos fanáticos, unos incondicionales. Aquellos con quien tuve el altísimo honor de departir disienten en muchas cosas de EL MOTÍN, pero á él les une algo: bello, sublime y también—¡ay!—raro: el culto á la independencia, y á la sinceridad, el horror á la mentira y el odio al clericalismo.

Espíritus buenos, generosos y abnegados, EL MOTÍN puede con justicia enorgullecerse de tener tales amigos, que encontré en todos los rincones.

¡Vaya á ellos la expresión de mi cariño, gratitud y admiración! Pasé á su lado horas dichosas y fortalecedoras; sean estas pobres líneas testimonio de que ni las olvida ni las olvidará el viajero que acaso no volverá á tener el placer y el honor de estrechar nuevamente las manos de estos hombres leales y de buena voluntad.

J. J. MORATO

## MODESTO DESAHOGO

Querido amigo Morato: Al acabar de leer ese artículo, tenía yo la voz tomada y los ojos húmedos. ¿Debilidad? ¿Fortaleza? No lo sé; pero sí que me llegó muy hondo.

La emoción que me produjo el enterarme de lo que esos amigos desconocidos piensan de mí, supera en intensidad á la que pudiera producirme el recibimiento entusiasta de multitud inmensa, aclamándome en población populosa, vitoreándome entre músicas, banderas, flores y cohetes.

¡Ese minero sobre todo!...

Estar allí, á centenares de metros bajo tierra, fatigado, sudoroso, ennegrecido; con la muerte en perspectiva á toda hora, ya por hundimiento, ya por asfixia; sin otra esperanza que la de bajar al día siguiente á extraer de las tinieblas y el fango otro trozo de pan para sus hijos; sin otro porvenir que la cama del hospital ó la humillación de la limosna cuando el trabajo le rinda; y al encontrarse con usted en aquellas profundidades, acordarse de que yo existía...

¡Esto excede en grandeza á cuantas recompensas hubiera podido yo soñar por la labor que he hecho!

De haber dudado alguna vez que los míos, mis amigos, están entre los de abajo; entre esos que descienden á las minas, suben á los andamios, se hielan en invierno en el surco, se tuestan en ve-

rano en el rastrojo; entre los que en la lucha por la vida desfallecen, sufren, gritan, maldicen y amenazan, su artículo habríame vuelto á la realidad, desvaneciendo mis dudas.

Sí, entre esos están los míos. Y es lógico. ¿Qué soy yo sino uno de ellos, redimido de la fatiga muscular por haber acertado á pintar con sencillez sus miserias y sus dolores, que he compartido, con escasas intermitencias? Colocado al nacer en otro medio, yo habría sido un insignificante más.

Y porque soy de los suyos, sentí desde niño instintivas rebeldías contra las instituciones que mantienen sistemáticamente al Pueblo en la miseria y la ignorancia: la religión y la monarquía.

Y porque soy de los suyos, he consagrado mi vida y mi inteligencia á animarlos, impulsarlos y defenderlos.

Y porque soy de los suyos, me conmuevo cuando usted, amigo Morato, refiere qué en el fondo de una mina encontró á uno de los míos pensando en mí.

Y me satisfacen tanto más esas demostraciones cariñosas, cuanto que todos esos hombres saben que nada pueden esperar de mí: si acaso, una censura agria en un instante de apasionamiento, como alguna vez ha ocurrido.

Ni para proporcionarle á alguno un mísero jornal sirvo, si acudiese á mí para que se lo facilitara.

Una prueba y bien reciente.

Un correligionario que hoy reside en Barcelona, y al que no conozco personalmente, me fué recomendado por un amigo; tiene mujer y tres hijas, una de ellas enferma; busca trabajo, no lo encuentra y pasan hambre todos.

Cuando ese hombre tenía casa propia en Mataró, y una posición desahogada (era maestro de obras), respondió siempre y en todas las formas á cuantos llamamientos hizo el partido; hoy pide trabajar, y no consigue que sus correligionarios concejales pongan un pico en sus manos para que pueda llevar dos pesetas á su casa, á pesar de haberle pedido yo directamente ese favor, que es á la vez obra de justicia, á los señores Lerroux y Serrallera.

Y no vaya á pensarse que sea este un caso aislado, que cito para darme importancia; no.

Hace un año próximamente me pidió otro amigo una recomendación para ver si colocaban á un republicano en el Mercado de Barcelona. Escribí á Mir Miró, á quien conocía, y no me contestó. Repetí la suerte con Vinaixa, y lo mismo. Aprovecho esta ocasión para



rogar á ambos señores que me perdonen, si ofendí su ética municipal suponiéndolos capaces de dar una credencial por influencia.

Y hablo de estos incidentes, sólo para que esos amigos desconocidos calculen si sabré apreciar en su justo valor las desinteresadas simpatías que demuestran hacia un hombre de tan escaso valer.

Y no se suponga que, por decirlo en tono amargo, culpe á nadie. No; la culpa es mía únicamente. Hubiérame dedicado á bullir, intrigar, mentir, formar hueste, y no me vería solo, como ahora me veo, é impotente hasta para poner en manos de un padre desventurado una espuerta; espuerta que acaso impidióse que volcaran pronto otra de tierra humedecida con lágrimas sobre el cadáver de su hija.

Decíalo humildemente que no puede llegarse á menos en punto á influencia en un partido donde se ha hecho algo, pero que no me pilla de sorpresa. Entre los que figuran en el republicanismo, salvo excepciones contadísimas, no tengo á nadie; cosa que me enorgullece, porque indica que me conocen todos lo bastante para saber que en ningún caso serviría ambiciones pequeñas ni apetitos grandes; y también porque, cuando llegan momentos como este, puedo esgrimir la pluma sin otro freno que el que mi voluntad quiera poner á mi indignación ó á mi desprecio.

Por lo demás...

Si los correligionarios pudieran elegirse como los amigos, ya me cuidaría yo de seleccionar los míos. Pero como no es posible, me resigno á aceptar como tales á muchos individuos á quienes no tendería la mano. Lo mismo que les ocurre en todos los partidos á los hombres que piensan de cierto modo.....

Al repasar estas cuartillas para ver si se me ha escapado alguna palabra dura, advierto que he cometido una gran injusticia; mejor dicho, que he lanzado una blasfemia: decir que est. y solo. Olvidado, amigos desconocidos. Las injusticias engendran injusticias.

No, yo no estoy solo: acaso no haya otro republicano más aconpañado, ni mejor acompañado, como en otra ocasión he dicho.

Ciertamente que no están ni estuvieron nunca conmigo, ni yo con ellos, los que hacen del ideal un oficio; los que adulan lacayunamente al Pueblo cuando lo necesitan, y se olvidan de él cuando les ha servido; es decir, los menos.

En cambio, están conmigo, y yo con ellos, cuantos han sacrificado y sacrifican algo por la República: posición, intereses, tranquilidad... es decir, los más; y cuento con ellos, como ellos conmigo, aun cuando nunca nos veamos ni nos lo digamos.

Y tan convencido estoy de esto, que voy á permitirme decir aquí algo que en otro resultaría jactancia ridícula.

Si yo hiciera una excursión por España, sería recibido muy bien en todas las partes; algo por la novedad, y mucho por el convencimiento de que no iba ni á pedir votos, ni á ofrecer lo que no estaba en mi mano cumplir, ni á decir nada de que no estuviera convencido; ni siquiera á anunciar la próxima venida de la R. pública, que jamás veremos por el camino que vamos.....

Dispénseme usted, amigo Morato, este modesto desahogo. Y si alguna vez vuelve usted por esas tierras donde habó con esos amigos desconocidos, y los ve, sirva e abrazarlos en mi nombre, y decirles que en el abrazo y saludo á cuantos conviven conmigo espiritualmente.

Que me considero pagado de todo lo que haya podido hacer en pro de los abandonados y perseguidos, al recibir esas desinteresadas muestras de afecto.

Que me envanezca de haber contribuido á formar republicanos como ellos, tanto como me avergonzaría de haberlos formado de otra clase.

Y que mi último pensamiento será para los que hasta hoy llamaron y no les abrieron; los destinados á fundir un día las palabras derecho y justicia en el crisol de la equidad.

JOSÉ NAKENS

## La Saint-Barthé'emy

24 de Agosto de 1572

El cuadro que damos en el presente número retrata uno de los grandes triunfos del Papado y la apoteosis de los eucarísticos congregados en París.

Entre las mil escenas ejemplares, de la mansedumbre de los *Hijos del Cordero*, cuyos relatos llenan gruesos volúmenes, una merece singular mención en estos tiempos en que los clericales gritan contra el *atentado personal*. Fué el asesinato de G. spar de Coligni, el Combes de aquel tiempo, por no decir el Canalejas del nuestro.

Vivía entonces y era jefe de las huestes clericales un Cierva llamado Guisa.

El día 22 de Agosto de 1572, al salir Coligni del palacio del Louvre, fué acometido por un emisario de los Guisas; llamábanse Muira Verde, ó Moraverde ó mejor Maurevert.

El asesino disparó sobre el capitán á boca de jarro su arcabuz, dejándole mortalmente herido.

Dos días más tarde, el día 24, el Cierva francés al frente de su canalla, asaltó la casa del moribundo, en el pecho el escapulario, en el estómago las hostias comulgadas, en las manos el puñal, en los labios la blasfemia y en los ojos el rayo de la furia.

Uno de los jaimistas eucarísticos de aquella banda, penetra en el cuarto del enfermo y le mata y remata á presencia de su familia.

Los piadosos antecesores de los ministros que ordenaron el fusilamiento

de Clemente Gircia, cofrades y progenitores de la Defensa Social, no saciados con la muerte del valeroso general y patriota insigne, arrojaron por la ventana el cadáver, arrastráronlo por las calles entre los hurras de los chacales pontificios y lo colgaron en Montefaucon, elevándolo como hostia cruenta á su Dios.

Allí fué á insultarlo valientemente, monárquicamente y católicamente, el Rey Carlos IX, jefe de los eucarísticos franceses, que dos días antes había fingido gran pesar por el atentado no bien consumado.

Por el respeto guardado á uno de los más grandes admirantes de Francia puede discurrirse el respeto que guardaron á los demás ciudadanos.

Todavía Pío X soñó reproducir la Saint Barthé'emy desnues de la separación de la Iglesia en Francia, como está soñando reproducirla en Portugal y en España por medio de las hordas cievuna y franquista.

El día que en Roma se recibiera la noticia de una catástrofe en Lisboa y en Madrid, el Papa felicitaría á la Iglesia por el gran triunfo como lo hizo con la de París el Papa de su tiempo.

El llanto del Papa, la amargura del Papa, sus quejas y suspiros, sus exclamaciones y lamentaciones se deben á esto: á no poder promover nuevas hecatombes que ahoguen los crucifijos con la sangre de los cristianos.

¡Por eso llora y protesta!

## ¿La madre de la criatura?

### ¿y el padre?

### ¿En el convento ó fuera?

«Unas monjas de Valencia, según dice la prensa, sacaron del convento un feto y lo echaron á un alar contiguo. Hecho probado. Las monjas dicen que el feto había sido antes arrojado desde la calle á la huerta, y que lo sacaron de allí, temerosas de que perro lo destruyera.

Es posible lo primero, es verosímil; pero había que averiguar si se había cometido un infanticidio dentro ó fuera del convento.

Y véase lo que dice «El Pueblo»:

«Hemos podido averiguar que ¡por fin! el juez ordenó el reconocimiento de las monjas. Así pudieron advertirlo algunos vecinos que ayer, á las nueve de la mañana, vieron entrar en el convento de las adoratrices á tres médicas francesas y al jefe la Comunidad. Con extrañeza observaron que los mismos médicos realizaban una segunda visita á las doce y media, y á poco abandonaban el convento. ¿A qué obedecían todas estas idas y venidas? Según pudimos averiguar en el Juzgado, LAS MONJAS SE NEGARON A SER RECONOCIDAS. Tarde era ya para averiguar, por medio de un reconocimiento, el delito, si lo hubiera.»

Se ve que se negaban á facilitar la acción de la justicia y que en esos tiempos de anticlericalismo en el poder, los conventos son suplenidores á la ley.

Y el caso es que la resistencia es perjudicial para las monjas, pues hace suponer que algo tienen que ocultar.



## Comentarios

¿De donde procede el infante?

Las monjas dicen que procede de fuera...

No sólo es verosímil, sino que tiene precedentes.

Uno de ellos es el ocurrido en el Seminario de Zaragoza.

Unos colegiales aprovechaban la noche para tender un cesto atado al extremo de una cuerda, desde la ventana del seminario. Los corresponsales externos colocaban en el cesto las provisiones de vino y chorizos que los internos se merendaban burlando la disciplina.

Cierta día los escolares apostados en la ventana, saltaban de a gila; el cesto pesaba mucho: la merienda iba a ser de primera.

¡El gozo en el pecho! Descubierto el cesto, en vez de la esperada provisión, contenía un niño rollizo y hermosote, que dejó consternados a los angelicales alumnos. ¿Qué hacer? ¿Arrojadlo a la calle? ¡Un infanticidio! ¿Volverle a bajar en el cesto y soltar luego la cuerda? Era acusar al Seminario demostrando la bajada, sin poder probar la subida.

Un diablo de alumno les sacó del apuro.

Cogieron delicadamente la criatura, le mecieron, le acalaron y con gran cuidado fueron al cuarto del Rector, algo sordo, colocan elorro en la cama y todos a callar y a dormir.

El despertar del Rector fué como debía. R. unión del claustró: ¿quién de estos chicos será chico? Vino la inspección; la parte a no parecía. Y, sin embargo, allí estaba el crío pidiendo teta...

Descubrióse la historia; la tragedia acabó en sainete.

Bien; en Valencia ha podido repetirse el caso. En vez de un niño vivo colmado, se trata de un seismesino muerto. ¡Peor que peor! Clemente García fué fusilado por profanar una momia. El cadáver fresco de una criatura no es menos sagrado.

Queda probado por confesión de las monjitas, que el cadáver fué arrojado desde la huerta a fuera. Este es el hecho indubitable.

¿Que antes había sido arrojado desde fuera adentro? Falta probarlo.

Clemente García está ahí acusando.

¿Verosimilitudes? Todo es verosímil; el primer arrojamiento como el segundo. Pero la verosimilitud no es el término, sino el camino de la justicia. Los jueces lo saben muy bien. En la calle de Meón de Paredes de Madrid ocurrió hace cinco años un caso parecido: un feto en la acera. Allí el procedimiento fué rectilíneo y sin vacilación. Ahí está el modelo.

Para la justicia ante un delito no hay monjas ni casadas; no hay más que reos, delincuentes, pruebas e indicios.

Si procede del convento ¿es posible que las monjas no apelasen a un recurso menos comprometedor, que el de arrojar el cadáver a la calle para ocultar la procedencia? ¿No hay letrinas (recurso famoso en los conventos, según testimonios muy venerables), no hay pozos y hoyos, no hay hornos y demás?

Si, todo eso debe haber en el convento. Pero el hecho de arrojarlo a la calle, era comprometedor por necesidad in-

evitable. ¿Cómo las monjas no evitaron tal compromiso?

Si lo hicieron por las razones que ellas alegan, han demostrado dos cosas innegables: primera, que son capaces de prolar un cadáver, hecho de ictuoso. Segunda, que son tan ignorantes que no saben que el levantamiento de un cadáver no puede verificarse sin orden judicial. Tercera, que son tan imbéciles e imprudentes que no supieron calcular el compromiso. Y este es el argumento de Lógica judicial: ¿qué puede esperarse de unas mujeres tan incautas, tan ignorantes y tan desprecupadas? Lo menos que puede temerse es que si una monja hubiera abortado en la Huerta, las monjas habrían arrojado el feto por la tapia para impedir que el perro lo devorase. Más claro, ni el agua.

Pero además ese arrojamiento puede ser un medio hipócrita para despistar. Las monjas y sus asesores no proceden a la ligera ni se atolondran fácilmente. Al aparecer el feto, viniese de donde viniese, hubo de producirse un efecto extraordinario y debió estudiarse muy por menor lo que debía hacerse.

Y en tal conflicto bien podían recurrir estos profesionales de las artes hipócritas y sugestivas: «Al aparecer el feto en la calle, nadie creerá verosímil que haya salido del convento... ¿a qué en se le ocurriría suponer nos tan necias?..»

..

Así están las cosas.

Veamos lo de la inspección judicial.

Esta providencia de la inspección, prueba que el Juzgado cree posible y probable la procedencia monjil del feto. Las monjas están, pues, en entredicho. La acusación es justa.

La única prueba justificativa de su inocencia, es el someterse a la inspección. ¿Qué temen de ella?

¡El pudor!... Sí, señores; el pudor merece el mayor respeto; pero ¿y el crimen?

Veamos lo que enseña y practica la Iglesia.

En tales casos los tribunales eclesiásticos prescriben la inspección. A igual medida someten a la mujer en ciertos casos matrimoniales, y ante sujetos que no son médicos ni insensibles a tales espectáculos.

Por tal medida la Iglesia hace pasar a reinas, princesas, prioras, abadesas y a santas. Santa Juana de Arco, inclusive! Y aún a las compañeras de Santa Teresa, acusadas falsamente.

¿Ha de ser más delicada la justicia anticlerical y civil con el pudor monjil, que lo fueron papas, frailes y obispos? ¿O es que estos pretenden el monopolio de estas inspecciones para saturar sus ojos lujuriosos?

No debe cegarnos el odio. Debemos mirar el caso como si entre aquellas monjas estuvieran nuestras madres y hermanas. El respeto que querríamos se guardase a estas, debemos pedir para ellas. Ante tal principio y consideración, pregunto: ¿qué padre y qué hermano no exigiría de su hija y hermana someterse a tal inspección, para justificar su inocencia de un crimen? Las monjas inocentes tienen derecho a ser limpiadas de la mancha que la falta de prueba les impone a todas.

Si el crimen presente no es de allí, la inspección comprobará que es de fuera.

¿Que la inspección puede demostrar otras cosas, distintas de la que se busca, a saber, que la virginidad es un don poco ordinario? Si esto se teme, ocurre la misma acusación; «el que obra mal odia la luz». El pudor, en tal caso, sería un pretexto hipócrita y no la causa de la resistencia. No sería pudor, sino temor, y la teme solo el que la hace.

¡Clemente García está ahí!

Jueces valencianos; obispos, monjas; ¡acordáos de Clemente García!

Clemente García no es una fantasía, sino un fusilado. El está repitiendo a las monjas: «Con la medida que me medisteis, os condenasteis a ser medidas.»

Lo dice Clemente García en funciones de secretario de Jesucristo.

## Camilo Flammarion en la Inquisición española

Lectores del *Quartier latin* de París, y sobre todo vosotros, frequentadores de los soportales de L'Odéon: refucllaos y echaos al suelo por no desternillaros de risa y no soltar una carcajada que resuene hasta el fin del mundo descrito por el hermano del gran editor parisién.

El hecho es fenomenal, colosal, y vale la pena de que vayáis a contárselo a Flammarion *fére* en la barbería de la calle de *Monsieur le Prince* donde se afeita.

Decídselo, para que se desternille de risa.

En un Juzgado español se instruye causa por un artículo de Camilo Flammarion, y el Juzgado anda indagando si el tal Camilo Flammarion es un anagrama, un seudónimo, un fantasma o una persona de carne y hueso.

Sólo diremos al oído al criminalista. Camilo Flammarion es una personilla, baja de estatura, un tanto parecido al D. Esquerdo por su barba y melenas, que usa tarjeta con estas señas:

CAMILO FLAMMARION  
Director del Observatorio Central  
de Francia.

el cual Observatorio cierra la *Avenue de l'Observatoire* frente al palacio del Senado, ó de Luxemburgo, esto es, que está en el sitio más visible de París, como el Observatorio es uno de los más visibles de Europa, casi tan conocido como el jesuita del Ebro, que seguramente será familiar del Juzgado instructor; y Camilo Flammarion, es un escritorzuelo casi tan famoso en el mundo como Vilar ño en la bodega del colegio de Deuto. No digo tanto como Cierva, porque D. Juan ha rebasado la cumbre de la celebridad y a estas horas debe ser el *coco* de la misma Hoteutocia.

Una vez presentada la tarjeta y retrato del autor del artículo al Juzgado instructor, pedímosle con muchas veras que dicte pronto un fallo con lenatorio en nombre de S. M. el Rey que Dios guarde, en cuyo nombre se administra la justicia en España, a fin de que los periódicos de París puedan publicar autógrafa la sentencia el día que pasen por allá nuestros reyes.

Será un soberbio triunfo de la cultu-



ra Nacional; y una vez condenado el oscuro escritor por nuestra sabiduría judicial, proponemos que el ministro de Estado entable negociaciones para exigir del gobierno francés (so pena de un *casus belli* en que nos guarden las espaldas el emperador Francisco José con sus cañones y el Padre Santo con sus bulas), la extradición del director del Observatorio de París, por haber atacado al «Dios-Rey de España» proclamado por Canalejas en el Congreso Eucarístico.

¡Sí, señores: que nos traigan preso, amanillado, vestido con coraza y sambenito á Flammarión, y á fusilarlo á escape en Montjuich, ó á meterlo en la celda contigua á la de Noel, con todas las consecuencias.

¡Sí, señores! Nuestra Cárcel-Modelo merece este honor. ¡A la cárcel con él, para que escriba desde este nuestro Observatorio las armonías del Universo, y pueda inaugurar, escurbando el suelo con las uñas, el gran proyecto del pozo que atraviase la tierra por el eje; que tiempo le sobrará para ello, si cae en manos de la *Defensa Social*.

Don Camilo: que le esperamos.

Usted no va á consentir que un traductor suyo se pudra en las cárceles de España; usted no lo consentirá. Usted reclamará la paternidad del artículo, y al tener noticia de esto se pondrá á disposición del cónsul de España en París, reclamando el *derecho á la pena*.

Eso hará usted, como si lo viéramos; y aun pedirá para ser traído á Madrid, que le lleven en la perrera del tren en que vengan los perros de alguno de los cazadores cortesanos, ya que un hereje no puede aspirar á más.

Animo, D. Camilo: que aquí verá usted si hay Dios ¡á fe de Dios!, y se vencerá, no sólo de que hay un Dios más allá de los astros visibles desde su Observatorio, sino que hay cada ministro suyo capaz de arrancar los ojos al astrónomo más lince; con lo cual verá á Dios y las estrellas, y quedará para siempre enterado de que en España disfrutamos de una libertad, de una cultura y sobre todo de unos jueces clericales la mar de graciosos y ocurrentes.

R. MAYOL

*Nota.*—El juzgado de referencia es el de San Sebastián; el artículo perseguido es el intitulado *Dios no existe*, publicado en EL MOTÍN del 15 de Septiembre de 1910.

## Aviso fraternal á Juan Gierva

Bajo el título *Un Tirano que cae*, publica los siguientes renglones *La Pa-lestra* de Chivilcoy (Rep. Arg.):

«El famoso tirano Jara, dictador del Paraguay, el sanguinario matador de Riquelme, el hombre que se había propuesto *matar medio Paraguay*, ha caído envuelto en la red de sus mismas infamias.

Según noticia telegráfica de Asunción, Jara está encerrado en una cárcel, gracias á una acción desplegada por el partido liberal de aquella república, quien pudo conducir á buen término el plan de libertar al pueblo de la tiranía.

Este es el fin de los decrepitos del poder, así concluye la canalla investida de autoridad que pretende expoliar el pueblo, y así se concluye una dictadura que llenaba de desgracias los hogares, quedando una moral:

El pueblo crea los dioses y los héroes, y el pueblo solamente es el responsable de sus gobiernos.»

## ESPAÑA POR SERVET

### Aniversario del encarcelamiento de Servet en Ginebra el 12 y 13 de Agosto de 1553

EL MOTÍN continúa celebrando el centenario de Servet. Para rendir homenaje al excelso defensor de la conciencia en la fecha de su segundo encarcelamiento, copiamos este condenado relato del libro de Pey Ordeix, que se ha publicado para conmemorar este suceso:

#### *Servet en Ginebra*

*Calvino lo descubre y lo prende*

Llevando el anatema de muerte de la Inquisición Romana, Servet tuvo intención de ir á España, su patria. Malas nuevas hallaría en la frontera, cuando abandonó el proyecto y decidió pasar á Italia, entrando por la frontera de Alemania á fin de no infundir sospecha.

No se sabe lo que hizo en este entre-tiempo. Las pocas noticias que de su vida de fugitivo se tienen son contradictorias, como también las que restan acerca de sus proyectos. Servet, en el proceso, guardó acerca de todo ello una reserva impenetrable.

Pero como quiera que de algún modo debía ocurrir lo que ocurriera, no están de más unos párrafos de Gaidan.

El albergue de la *Rosa* en Ginebra, hallábase situado en el ángulo de la plaza de Molard y de la *rue du Rhône*. En 1553 era la hospedería de mejor confort de la ciudad... En los bajos hallábase la cocina, espaciosa, con hogar y chimenea grandes, donde se veían acá y acullá las llamas de los tizones en montones según lo exigían las necesidades...

En una pieza contigua charlando con una agraciada joven, veíase un extranjero: Miguel de Villanueva.

Su mérito resaltaba en su porte magnífico. Su barba á la imperial; su traje correcto... Sus sortijas, su cadena de oro, su larga bolsa de seda al través de cuyas mallas relucía el oro en masa, su conversación amable, delicada... hacfa de él un tipo de singular atractivo.

Había llegado al hotel con recomendación de la abadesa de Bella Rive.

Dentro de los tres días de llegar el forastero, el hospedero habla de pasar aviso á la autoridad municipal.

En este registro quedó inscripto Servet con el nombre de Miguel Villanueva.

Todo esto es bien verosímil.

Prescindiendo de otras cábalas sin más fundamento que el deseo de los escritores, Servet se halla en el *Hotel de la Rosa* del 12 al 13 de Agosto.

Castellón, á este propósito, dice:

«He aquí lo que se ha hecho por Servet; se le reconoce en el templo, el do-

mingo, se le saca del sermón para llevarlo á la cárcel, de la cual sólo había de salir para ir al suplicio.»

La prisión de Servet se verificó el 13 de Agosto por inducción del propio Calvino, que lo explica como mérito suyo en repetidos lugares de sus escritos.

Bien que todo el proceso de Ginebra es una confesión continua de este hecho, no esta de más citar un testimonio singular, la carta de Calvino á su amigo Sultzer, como todas las suyas llena de perfidia, cobardía y maldad, y en la cual se traduce algo, no de remordimiento y vergüenza, sino de miedo de que su acción no fuese aprobada por sus correligionarios, cuya complicidad necesitaba.

#### *Calvino, hipócrita*

Calvino en esta carta, disimula con gran cuidado su participación en el proceso de Vienne. Tan atroz le parece su conducta, que no imagina sea posible que dejase de provocar la protesta de sus más exaltados amigos.

Otra hipocresía de Calvino, que la crítica ha de agradecerle, es la de justificar sus acciones é intentos con la opinión y máximas de los demás apóstoles protestantes, con lo cual se propone desfigurar con celo doctrinal su odio personalísimo.

Pero el párrafo donde resalta su malignidad teológica es el en que habla de la Inquisición Romana, como ejemplo del celo religioso de los protestantes. Su argumento es este: «Si los Papistas en la defensa de sus errores son tan severos, cuánta mayor severidad deben manifestar los defensores de la verdad...»

Donosa teoría ésta de que la Verdad haya de mendigar al Error los medios de propaganda.

Calvino no se atreve á aplaudir el ensañamiento católico, bien que él ha buscado la manera de hacer aplicar á Servet todo el ensañamiento de Viena. Finalmente, lo exorbitante de la epístola, es que en su párrafo final contaba á Sultzer, que tres calvinistas acababan de ser ejecutados en Lyon, manifestando «gran constancia en la fe». Y á los mismos que asesinaban á los suyos, él les entregaba el cuerpo de Servet.

La carta es de Septiembre, y expresa toda su teoría. Véase este extracto:

«Servet es aquel de quien nuestro fiel ministro de Cristo de Santa Memoria Bucero, á pesar de su mansedumbre, dijo que merecfa se le arrancasen las entrañas... No habiendo dejado desde entonces de esparcir su veneno, ahora en Vienne imprimió clandestinamente un tomo mayor, confeccionado con los mismos despropósitos. Descubierto el hecho fué encarcelado, y habiéndose evadido anduvo errante por Italia, no sé cómo, por espacio de cuatro meses. Por fin, su mala fortuna le trajo acá, uno de cuyos síndicos, por encargo mío, lo encerró en la cárcel. No ¡me apena el decir que creí de mí deber atajar á tal sujeto que tan obstinado y rebelde me fué, para impedir la propagación del contagio... Cuando los Papistas en la defensa de sus supersticiones, ejecutan tan valientes y crueles venganzas que no vacilan en ensañarse derramando la sangre de los inocentes, aver-



güéncense nuestros magistrados al caer de valor para defender la verdad segura. Confieso, sin embargo, que nada sería tan ilógico como el imitar la furiosa destemplanza papista. Pero la autoridad, dentro de la templanza razonable, tiene siempre medio de impedir que el primer venido pueda impunemente vomitar sus blasfemias contra Dios...

(Aquí viene el capítulo de cargos reducido á estos tres: 1.º Los prodigiosos errores; 2.º su obstinación en defenderlos *despreciando todos los avisos*, 3.º el aparato con que al presente los proclama. Y sigue):

«Y tan lejos está del arrepentimiento que, al contrario, se atreve á presentar como colegas de sus opiniones á los santos varones Capiton y Oecolampadio. Habiéndole puesto delante las cartas de Oecolampadio, dijo que se extrañaba de verle cambiado de su opinión de antes. Y como creo que para ti sería tarea inútil encarecer la impiedad de tal individuo, no digo más. Sólo quiero prevenirte una cosa: que el Quæstor (alguacil) de la ciudad que te devolverá esta carta, se porte de modo que no comprometa el éxito que anhelamos. Ojalá tus antiguos discípulos sientan de igual modo.»

#### El Loyola Calvinista

Los críticos se afanan por penetrar las intenciones de Servet al ir á Ginebra. Los calvinistas afirman que su propósito era sumarse al partido llamado de los *libertinos* que luchaban contra Calvino, cuyo despotismo rebasa los límites del mayor despotismo pontificio. Así parecería que Calvino obraba en propia defensa. Los servetistas, al contrario, suponen en Servet el deseo de huir de Viena, sin la menor intención de dañar á su enemigo. No consta ni una ni otra cosa. Pero es muy natural que Servet estudiase la manera de aplastar al infame que le había jurado odio á muerte; y para ello, ningún sitio mejor que Ginebra, teatro de la farsa calvinista.

Para aniquilar á Calvino, á Servet le bastaba demostrar su confabulación con la Inquisición de Lyon. El pueblo de Ginebra no habría perdonado á Calvino esta felonía que podría haberle costado la cabeza. Sobre la superioridad científica ante la cual la verbosidad del reformador se sentía humillada, tenía Servet la misma superioridad moral de haber sido traicionado en circunstancias las más críticas para el traidor.

La presencia de Servet en Ginebra era, pues, una amenaza mortal para Calvino. Su víctima, resucitada del patíbulo de Viena, con poco esfuerzo podía derribar su pedestal de sabio, reduciéndole á la categoría de mero charlatán y quitarle la máscara de virtud para dejarlo en la desnudez de un miserable canalla.

Calvino no titubeó ante un nuevo crimen. Advertido de la presencia de Servet, se sirve de su secretario Lafontaine para delatarle y acusarle. En esto no iba fuera de camino. Las leyes de Ginebra disponían que en el acto de la acusación se constituyesen prisioneros acusador y acusado; éste para responder de la acusación si era verdadera; aquél para responder de la calumnia si la acusación resultaba falsa, llevando

la pena del Talión, costumbre sana que debiera aplicarse en la España jesuítica.

En todos estos procesos, aun en los menores detalles, conviene hacer notar la paridad de rasgos que se hallan entre Calvino é Ignacio de Loyola: diríase que el alma rencorosa, astuta y concentrada de Ignacio ha encarnado en el cuerpo de Calvino y le inspira sus más pequeños movimientos.

Los historiadores han sacado de la historia de Calvino los trazos de crueldad. Dide ha hecho de todos ellos un resumen que forma un cuadro horripilante. Esta fiera ha hecho presa en Servet; ha llegado la ocasión de verificar la venganza anunciada cinco años antes á Viret: «Si Servet viene á Ginebra, poco he de poder si sale con vida.» Ya está en Ginebra; ya lo tiene en la cárcel; el Sumo Pontífice Calvino, inquisidor general, va á hacer ostentación de sus grandes aptitudes de rabino. El 20 de Agosto, escribía ya á Farel: «yo espero que será condenado á muerte.»

#### El nuevo proceso.—Interrogatorio

El 13 de Agosto entraban en la cárcel de Ginebra Nicolás La Fontaine, secretario particular de Calvino, como acusador, y Miguel Servet, como acusado. El 14 era sometido al primer interrogatorio, redactado por Calvino, que debutaba con estas preguntas y respuestas (1):

1.ª Diga si es verdad que hace cosa de veinticuatro años comenzó á turbar las iglesias de Alemania con sus errores y herejías, y que fué condenado y huyó de allá para escapar al castigo que le amenazaba.

Responde ser verdad que escribió un librito, pero que no turbó, que él sepa, las iglesias. Niega haber sido condenado.

2.ª Item que si por aquel tiempo imprimió un libro execrable que infligió á muchas gentes.

Responde haber hecho un librito, pero que ignora haya inflicionado á nadie.

3.ª Item que desde entonces se ha valido de todos los medios á su alcance para sembrar su veneno, así por medio de las notas que puso á la Biblia como en las puestas á Ptolemeo.

Responde haber anotado á Ptolemeo y la Biblia, pero que cree no haber puesto cosa fuera de lo justo.

4.ª Que si después imprimió clandestinamente otro libro conteniendo blasfemias infinitas.

Responde haber publicado otro libro donde no cree haber blasfemia alguna, que en caso de demostrárselas está pronto á retractar.

5.ª Item que si estando prisionero en Viena, cuando vió que no se le admitía retractación, halló medio de fugarse.

Responde que, en efecto, fué encarcelado en Viena á causa de delación del señor Calvino y del señor Trye, pero que escapó de la prisión porque los clérigos le querían quemar vivo, á más que las prisiones le estaban arregladas de modo como si se hubiese querido que se salvase.

6.ª Sea examinado en doctrina acerca

(1) El que quiera leer íntegramente el proceso viva mente comentado, puede leer la citada obra de Dide, en donde se recopila cuanto de notable ha dicho la crítica sobre los horrores de este crimen judicial.

ca de si ha escrito, dogmatizado y publicado que el creer en *sola una esencia divina*, haber tres personas distintas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es forjar fantasmas que no se pueden ni se deben imaginar. (Etcétera).

Al presente sería inútil trasladar y estudiar las triquiñuelas escolásticas de aquel tiempo, bastando dar una idea de sus materias.

La 7.ª pregunta insiste sobre la inteligencia de la Trinidad.

La 8.ª, sobre el respeto guardado á los doctores antiguos y á los modernos como Melancton.

La 9.ª, sobre la razón de la filiación divina de Cristo.

La 10, sobre la inteligencia de la recondición.

La 11, sobre la razón efectiva de la divinidad de Cristo.

La 12, acerca de la procedencia de la carne de Cristo.

La 13, cómo se transmitió á Cristo la Deidad.

La 14, sobre la relación entre Cristo y Dios-Padre.

La 15, sobre la ortodoxia de los Trinitaristas.

La 16, sobre lo mismo.

La 17, sobre si la palabra de Dios es la carne de Cristo.

La 18, sobre el valor seminal de esta Palabra.

La 19-20, sobre la divinidad de Cristo en su muerte.

La 21, sobre la inteligencia de un texto de San Juan.

La 22-23, sobre la calidad de la esencia de los ángeles y de nuestras almas.

La 24-25, sobre las relaciones esenciales entre Dios y el hombre.

La 26, composición química de la filiación divina de Cristo.

La 27, sobre la modalidad de la inmortalidad del alma.

La 28, sobre la confirmación de los Padres.

La 29, sobre el pecado original.

La 30, sobre el bautismo necesario á los niños.

31 Sobre qué edad se necesita para cometer pecado mortal.

32 Sobre la licitud del bautismo de los niños.

33 Sobre la nube que apareció al pueblo de Israel.

34 Relación de la Deidad de Cristo con el mundo.

35 Si el aire es el espíritu de Dios, y cómo.

36 Sobre la relación entre Dios y el alma.

37 Sobre la difamación del señor Calvino.

38 Sobre la causa que le indujo á publicar clandestinamente su libro.

#### Las capciosidades del fariseo

Por las cinco primeras preguntas y respuestas, puede calcularse la capciosidad de Calvino y el tino y aplomo con que Servet sabía defenderse de los lazos que le tendía el insidioso adversario, distinguiendo entre los hechos y su culpabilidad, que involucra astutamente el teologastro.

Calvino, como si hubiese sido inquisidor toda su vida, usaba los términos y frases más sugestivos para el tribunal y más mortificantes para el reo. Ese lenguaje de «blasfemias, errores, apestar, escandalizar, libro execrable, pernicioso» y demás terminachos inso-



lentes á que tan acostumbrados están los condenadores de oficio, constituyen por sí solos un tormento insufrible é irritante para el que se ve con ellos argüido. Tal ha sido siempre el lenguaje fariseo; con esta forma se acusaba á Cristo, y así se acusó á Juana de Arco, á Savonarola y todas las víctimas de la religión convertida en verdugo espiritual. De este tormento satánico, suplicio de la vida, de la inteligencia y de la conciencia se quejaba el obispo Virués al rey, como de crueldad diabólica, al explicar al monarca sus sufrimientos pasados en la Inquisición.

Este artificio hace que no se pueda aceptar ni una pregunta sin protestar contra cada una de sus palabras que llevan consigo la calificación previa de los hechos y el escarnio de la dignidad del acusado.

## Monumentos a Servet

El ayuntamiento de Madrid y el de Barcelona han acordado erigir en cada una de estas ciudades un monumento á Miguel Servet.

Para impulsar este movimiento de repatriación de nuestro excelso compatriota, proponemos:

1.º, que su nombre sea inscripto entre los de los españoles del salón de la Biblioteca Nacional.

2.º, que el Ateneo de Madrid celebre una velada necrológica la víspera del aniversario de su asesinato.

3.º, que en aquel día los edificios públicos pongan la bandera á media asta, cuando menos.

4.º, que en todos los centros liberales se celebren veladas necrológicas en aquella fecha.

5.º, que la Academia, ó si no el ministerio de Instrucción, ó si no el diablo costeen una edición general de las obras de Servet.

## Memorias de un confesor

### Ama de cura

Aquella comunión reparadora que había organizado la marquesa de X, porque un periodista había publicado en *El Abanico* un artículo llamando símbolo á la Eucaristía, fué una mañana de prueba para mí. Cuarenta y seis penitentes habían desfilado por mi confesionario; mi cabeza ardía; los cánticos y el órgano aturdíen mis oídos; la atmósfera enrarecida y saturada de incienso me asfixiaba, y ya iba á levantarme, cuando una mujer gruesa, de aspecto vulgar, aunque bien vestida, se acercó á la rejilla.

—Padre, vengo á confesarme.

—Ya lo supongo. Abrevie un poco, hermana, porque llevo aquí metido cuatro horas.

—Sí, ya sé lo que es eso...

—¿Usted? Supongo que no habrá usted confesado ninguna vez.

—Es claro; la Iglesia no ha querido que haya confesoras; pero como mi amo es cura, le he oído muchas veces quejarse de las *lutas* que le dan á usted. Ya se sabe; en familia se habla de todo.

—Empiece usted.

—Hace un año que me confesé; he hecho examen de conciencia, he procurado excitarme al dolor de mis pecados, y traigo propósito firme de no volver más á pecar. Todo esto dicho con un tonillo de cantinela ó lección aprendida.

—Diga usted sus pecados.

—Soy soltera, y mi profesión es ama de llaves de un sacerdote, del Padre...

—No hace falta decir su nombre.

—Como es amigo de usted, yo creí que...

—Mayor razón para que no lo diga usted.

—Yo, padre, no sigo el orden de los mandamientos, porque hay algunos, casi todos, en los que nunca faltó. Le diré á usted mis culpas según se me vayan ocurriendo.

—Lo mismo da.

—Me acuso de quedarme sin oír misa la mayoría de los domingos y fiestas. Como el señor está en unas monjas, y allí vivimos, y no se dice más misa que la suya, pues por eso...

—No veo la disculpa; podría usted ir á otra iglesia, á la parroquia...

—Es que el señor quiere tomar el desayuno apenas celebra, y como yo he de prepararlo. Además dice mi amo que la obligación es antes que la misa.

—Y la misa ¿no es una obligación para un cristiano? ¡Bonita teoría!

—Me acuso de haber hablado mal de las monjas, sobre todo de la superiora y de la tornera. Casi se puede decir que no hacemos otra cosa todo el día; el señor no las puede ver, porque son unas groseras y unas indecentes, y están engañando á la gente. No hacen más que comer y dormir, y quieren pasar por pobres. ¡Si viera usted las alhajas y el dinero que tienen!... Sor Elena, la tornera, se bebe todos los días una botella de aguardiente, y el jardinero me ha contado unas cosas... Mire usted: un día le llamaron para podar un árbol, y Sor Elena le sujetaba la escalera, y fué, y...

—Señora, le recuerdo que no son las faltas de las monjas las que ha de confesar usted, sino las suyas...

—Es que cuando hablo de esas *lutas* se me va el santo al cielo... Me acuso de haberme quedado con algunos regalos de los que hacen á las monjas; son golosinas, velas... tonterías. Donde he metido más la mano es en el aceite y en el vino que les regala un señor de Palencia, que nos lo envía á nosotros para que se lo demos á ellas... Es lo que dice mi señor: ya tienen demasiado.

—Esa no es razón.

—También me acuso de no haber guardado vigiliat, ni ayunos. Mi amo dice que estas son pamplinas, y que son cosas de los fleles nada más.

—¿Y usted qué es sino un flel como los demás?...

—Me acuso de haberme quedado con las limosnas de algunas misas que han venido á encargar cuando mi amo no estaba en casa.

—¿También eso?...

—Es que estaba desnudita, padre, y pisando con las carnes... El señor es muy apretado de bolsa, y me arma un caramillo cada vez que tiene que comprarme algo. No tiene una más remedio que valerse de sus mañas.

—Siga.

—Me acuso de haber hablado mal del

Papa y de los obispos, y también de los frailes. Lo que es en los frailes, no creo, padre. Mire usted: estuvo un capuchino en casa que vino á dar ejercicios á las monjas, y me dijo... Yo me callé porque el señor no se enterara y hubiera un disgusto.

Me preguntó luego si los curas tienen privilegio del Papa para tener amas y sirvientas, y yo, eludiendo la respuesta, corré por lo sano, y le pregunté:

—¿De modo que hace un año que no se confiesa usted? Me parece un plazo algo largo...

—El señor dice que ya es bastante, y eso porque hay que cumplir con la gente. Porque las monjas se enteran de todo, y luego hablarían; mire usted; cuando estábamos en Valencia, como aque- lo es tan grande, pues me pasó ocho años sin confesar.

—¿Y su amo tan fresco?

—El me lo decía: «Anda, no vayas, tonta; que aquí nadie se enterará de eso».

—¿Y cómo ha venido usted hoy?

—Porque es mi santo, y quiero comulgar. Al fin es una buena cristiana...

Di la absolución á aquella mujer— ¡cualquiera se la niega al ama de un cural—y ella se fué tan contenta diciéndonos á seguir de nuevo su vida entre mentiras é hipocresías.

FRAY GERONIMO

## Obra nueva

PEY ORDEIX

## Miguel Servet

víctima de la Universidad y de la Iglesia

DOCUMENTOS INÉDITOS.—GRABADO DEL CUADRO HISTÓRICO DE VSICHEM

Precio: TRES pesetas

De venta en las principales librerías. Pedidos á esta Administración.

## Los anticlericales de Valladolid

En Valladolid funciona una escuela neutra que está en la agonía.

Permitir que esta escuela se cierre será rendir al enemigo el último y mejor baluarte.

Por ignorancia ó por desidia, los llamados a procurar su sostenimiento, al abandonarla, se hacen aliados de los clericales.

Es de esperar que mientras en España se promueve la acción anticlerical en el terreno de la escuela, no serán los correligionarios de Valladolid los que pongan excepción á la regla.

Esa escuela no debe morir.

Con que los republicanos vallisoletanos se impongan el sacrificio de dedicar al centro de educación de sus hijos, una cuarta parte de lo que gastan en funerales y novenas, el problema quedaría resuelto.



## La nueva religión

Nuestra religión es la humildad y el silencio ante lo desconocido. Somos absolutamente ignorantes respecto a lo sobrenatural. Y no nos da vergüenza confesar nuestra ignorancia. Vergüenza sería para nosotros decir que sabemos lo que ignoramos en absoluto.

Sería demasiada pretensión afirmar que conocemos a la Divinidad, cuando nuestros sentidos ni nuestra razón jamás nos han dado testimonio de que existe. La Ciencia nada sobrenatural conoce. Muchos fenómenos que se creían sobrenaturales, la Ciencia los ha explicado como naturales.

No podemos creer a los hombres que pretenden conocer a la Divinidad por revelación. Si ella se hubiese revelado alguna vez a los hombres, lo habría hecho de modo que éstos no dudaran de tal revelación. Se habría presentado del mismo modo a todos los profetas. Y entonces todos los pueblos tuvieran las mismas creencias. ¿O es que la Divinidad se complace en presentarse en formas diferentes para que la humanidad se divida en múltiples facciones?

La Divinidad debería ser la misma para todos los pueblos. Y así los hombres no estarían divididos, ni fueran enemigos unos de otros.

Si la Divinidad se presentara en diferentes aspectos, sería demasiado mala, por complacerse en mantener en guerra constante a los hombres, sus propios hijos. ¿Qué madre desearía ver a sus hijos fraccionados en grupos adversos entre sí? No debemos juzgarla mal. Al entrar o, inmensa mente buena.

La Divinidad que han visto los profetas no merece fe: ha sido un sueño, una visión engañosa, una ilusión de los sentidos. Los profetas, en su afán de conducir a los hombres por la senda del bien, han apoyado sus doctrinas en la autoridad de un Ser Todopoderoso, cuya voluntad han recibido en sueños, y se encargan de cumplirla y proclamarla en la Tierra. Pero no puede haber una Divinidad para Moisés, otra para Mahoma, otra para Jesús de Nazaret.

Cuando nació Moisés, la humanidad tenía ya muchos millares de años de existencia, como lo atestiguan los restos humanos encontrados en las cavernas de la época terciaria y cuaternaria. ¿Por qué la Divinidad no se dio a conocer en el tiempo anterior al pueblo hebreo? ¿Por qué no se manifestó también a pueblos tan adelantados como el egipcio, el griego y el romano? O no existía entonces la Divinidad, o se mostró muy cruel, permitiendo que aquellos pueblos vivieran o murieran sin nidos en la más grosera superstición.

Desde el momento en que apareció el hombre sobre la Tierra, debió conocer a la Divinidad, para sujetarse a sus leyes justas y no cometer tanto yerro como los que hoy deploramos y nos causan a nosotros y peadumbre. Además, ¿por qué aun hoy día no se revela a todas esas tribus salvajes que viven en los bosques sin Dios y sin ley? ¿Por qué no se revela a los caníbales, para que abandonen su bestial costumbre de comerse a sus semejantes? ¿Será que la Divinidad se complace en que los hombres se devoren los unos a los otros? ¿O será que no tiene el poder de revelarse a todos los hombres.

Si ella puede revelarse, ¿por qué permite que unos hombres creen en ella y otros no? ¿Por qué no se manifiesta a todos, y les dice: «Existo, acatad mis leyes»? Si los profetas estuvieran de acuerdo respecto a la Divinidad y a sus leyes, nosotros los creeríamos, aun que no nos ofrecieran otro testimonio que la revelación. Pero como ellos no están de acuerdo, juzgamos que es pura ilusión, aparición, engaño lo que han visto y oído.

La Ciencia, por su parte, nada cierto ha podido descubrir acerca de lo sobrenatural: ni nos ha dicho de dónde venimos ni a dónde vamos. Pero la Ciencia nos dice algo más aceptable que lo afirmado por los profetas; y lo que afirma la Ciencia es contrario a lo que afirman los profetas. La Ciencia

ha comprobado que todos los seres, plantas y animales, no son otra cosa que modificaciones de la célula. Pero ignora cómo pudieron unirse esos elementos para formar la célula. Conoce la constitución inorgánica del plasma.

Con el rigorismo de la lógica, y fundándose en la observación, también nos explica la Ciencia cómo la célula se ha ido modificando, en los millares de años de existencia del mundo, para ofrecernos esta maravillosa variedad de plantas y animales que nos asombran. Nos explica cómo, de transformación en transformación, de la célula llegó al hombre, este incomparable ser que piensa y razona mejor que cualquier otro. Pero no nos explica cómo pudo formarse cada órgano, cada nervio, cada músculo, cada fibra especialmente, para ocupar cierto sitio y desempeñar cierta función determinada. No nos explica por qué el nervio óptico, y no otro, puede transmitir la sensación de luz; por qué sólo el nervio auditivo, y no otro, puede transmitir la sensación de sonido; por qué, en fin, cada órgano ocupa el lugar que le corresponde y hace lo que le toca hacer, sin que las cosas puedan ocurrir de otro modo. La ciencia ha descubierto y estudiado los hechos y explica tales cosas como ocurren, pero no por qué ocurren.

Respecto a cómo y cuándo apareció el mundo, la ciencia nada de cierto sabe. Sólo hace conjeturas más o menos fundadas. La Biblia está solemnemente desmentida en este punto, como en casi todos sus pretendidos revelaciones. Los profetas nada saben sólo afirman imposturas. Las cosmogonías de los diferentes pueblos no tienen ningún fundamento ni son todas iguales. De modo que ni los profetas ni la Ciencia saben nada seguro sobre el origen de los mundos.

Reina abso una ignorancia. Semos, pues, humildes y confesemos nuestra impotencia ante lo desconocido. No otros guardamos profundo silencio a lo desconocido. No nos azevemos a hacer conjeturas, ni mucho menos a afirmar que sabemos lo que ignoramos. Esto sería mentir, y la mentira no es permitida, sino reprobada por nosotros.

No rendimos culto a ningún objeto ni ser conocido ni desconocido. Si adoráramos a objetos o a seres conocidos, como un árbol, una estatua, un retrato, un elefante, un cocodrilo, un hombre, sabiendo que no son divinidades, representaríamos una farsa, alorand a sabiendos e mo divinidades a cosas que no lo son. Y nosotros no somos nunca farsantes. La farsa es abominada por nosotros. Si a los ámos a seres desconocidos, como a Júpiter, Venus, Jehová, Manú, Brahma, Bluda, desempeñáramos el papel de locos que ven cosas que los cuerdos no ven. Y al fingir que existen cosas cuya existencia ignoramos, nos engañamos a nosotros mismos. Y el engaño no es admitido ni tolerado por nosotros. El engaño es abominable, y nosotros lo rechazamos.

Para no ser mentirosos, ni farsantes, ni engañadores, nosotros no adoramos como divinidades a seres conocidos ni desconocidos. Somos sinceros, y por eso humildemente confesamos nuestra ignorancia. Somos verídicos, y por eso sólo aceptamos aquello de que nos dan cuenta nuestros sentidos o lo que la Ciencia ha comprobado. Somos buenos, generosos, apacibles, no hacemos daño a nadie, y cumplimos nuestro destino abnegadamente, respetando a los demás como a nosotros mismos.

Tal es la nueva religión.

JULIÁN LÓPEZ PINEDA

## La joven desaparecida

Los ministros del Esposo celestial, en funciones de raptos místicos, han robado en Valencia una señorita muy devota de una familia muy respetable.

Y dice la prensa:

«La incesolable familia no tiene noticia alguna.

Parece que en la fuga han intervenido directamente Sor Ignacia de Gandía y un fraile, además del jesuita Baixauli.

La citada monja realizó varios viajes a Valencia y sostenía correspondencia con la citada señorita, invitándola alguna vez a que la visitase en el asilo de la Misericordia, donde se hospedaba.

La familia, sospechando de lo que se trataba, interceptó la correspondencia y cortó las visitas. Lo propio ocurrió respecto a otras señoritas de nuestra ciudad, que laboraban de acuerdo con los jesuitas.

Nos consta,—dice «El Pueblo»—que frailes, monjas y jeruías que han intervenido en esa indigna seducción, han sido repudiados para que digan el paradero de la joven, y todos niegan su participación en el hecho. Alguno de ellos, con cinismo inaudito, aún se permitió censurar los medios empleados para la fuga, cuando quizá él mismo los facilitó.

Lo digno, lo correcto era solicitar, por lo menos, el consejo de los padres, presa de la natural pesadumbre y temiéndolo a la vez que por el honor de la familia—pues la fuga pudiera suscitar sospechas—por la suerte de la hija querida.

Ni autoridades, ni papeles neos dicen una palabra de este hecho execrable, perpetrado para arrancar a la joven una herencia de 60 000 pesetas.

Intervienen los jeruías y la impunidad está con ellos. ¿Que vergüenza!

¡Bien, bien, bien! ¿Y para cuando guardan los puños y las estacas los papás, hermanos y parientes de la doncella fugada? ¿Para qué querrán las espaldas, nalgas y motetes esos padres y sores, sino para probar la mansedumbre e cristiana, recibiendo mansamente unos cuantos mogicones, tan saludables para sus almas como útiles al cuerpo social?

Confieso que no me lo explico. Les bilan las hijas, y... ¡tan quietos los borregos españoles!

## Catástrofe monástica

El fraile de la Orden de San Juan de Dios, Galo Echevarría, en unión de más de 200 hermanos, se ha separado de dicha orden para continuar sus servicios humanitarios, pero sin carácter ninguno religioso, en la asistencia de enfermos con carácter neutral o laico.

Esta catástrofe monástica, preludio de otras en otras órdenes, es un acontecimiento del cual El Motín se ocupará debidamente.

Basta por hoy el cañonazo del notición.

## LAMINAS DE PROPAGANDA

Además de las anunciadas en números anteriores, se ha puesto ya a la venta, tirada en cartulina, la que va en este número, titulada:

«La Saint-Barthélemy».

Precio, 25 céntimos.



# EL MOTIN



**La Saint-Barthélèmy.**

Ayuntamiento de Madrid

(Cuadro de Dubois d'Amiens, † en 1584.)



## Verdadero Catecismo

de la Doctrina Cristiana, para uso de las escuelas neutras

(Continuación.)

### LECCIÓN VII.—DE LOS SACRAMENTOS

PADRE.—¿Quién inventó los sacramentos?

HIJO.—No se sabe á punto fijo; pero fueron las gentes que se decían de Iglesia.

P.—¿Qué son los sacramentos?

H.—Unas ceremonias ó ritos á los que se atribuye un poder sobrenatural y milagroso.

P.—¿Que cosas hay de sacramentos?

H.—Los hay mayores y menores. Los grandes, llamados propiamente sacramentos, el catecismo enseña que son siete, pero realmente son once. Los menores llamados sacramentales son innumerables.

P.—¿Dime cuáles son los mayores?

H.—Bautismo, confirmación, confesión, comunión, matrimonio, unción, y orden, según el catecismo, á los cuales hay que añadir la profesión religiosa, el celibato, el entierro y la canonización, que se tienen prácticamente como más principales y más solemnes y de gracia más extraordinaria.

P.—¿Sabrías citar me algunos sacramentos menores?

H.—Sí, señor; santiguarse, llevar es capularios, rezar vía crucis, ir al jubileo, ser cofrade, y otros muchos.

P.—¿Por qué les llamas sacramentos?

H.—Porque reúnen las mismas condiciones que la Iglesia señala á los otros, á saber, *signum sensibile que confiere gracia especial sobrenatural*.

P.—¿Qué gracia atribuyen á estos sacramentos chicos?

H.—La que dicen las concesiones de indulgencias.

P.—¿Todos los sacramentos grandes y chicos, los inventó el Papa?

H.—No, señor. Algunos los inventaron gentes plebeyas; al generalizarse la práctica se fueron convirtiendo en rúbricas.

P.—¿Se han inventado otros sacramentos?

H.—Sí, señor. Ha habido muchas invenciones. Unas de ellas han sido adoptadas por los papas, y entonces han sido consagradas; otras fueron rechazadas, y entonces se llamaron supersticiones.

P.—¿Se saben las fechas de origen de los sacramentos?

H.—Del bautismo de los niños, el siglo III; de la confirmación, se ignora; de la confesión auricular, el siglo XIII; de la comunión transestancial, el siglo XVI; de las Ordenes, en diversas fechas para las varias órdenes; del matrimonio, el siglo XII; del celibato, el siglo XIII; de la profesión religiosa, el siglo IX.

P.—¿Qué hacían, pues, los primeros cristianos, sin tales sacramentos?

H.—Amaban á Dios y al prójimo, según les habla ordenado Cristo, y rechazaban las ceremonias juías y paganas, de rezos, santos y espectáculos, según el sacramento del Evangelio.

### LECCIÓN VIII.—DE LOS ABSURDOS DE LOS SACRAMENTOS.—DEL BAUTISMO

P.—¿Hay alguna lógica en lo que dice la Iglesia de sus sacramentos?

H.—Ninguna: todos están llenos de absurdos.

P.—¿Qué absurdos hay en el bautismo?

H.—Primero. Que dicen haberlo instituido Cristo al hacerse bautizar por Juan, para perdón de los pecados del mundo; y si él era inocente, como enseña la Iglesia, no podía ser perdonado; y siendo el bautismo de ahora el de entonces, si aquél no pudo perdonar nada, tampoco puede perdonar éste.

P.—¿Cuál es el segundo absurdo?

H.—Que la Iglesia enseña que es necesaria la fe para poder recibir el bautismo; para poder tener fe, es necesario tener noticia de la fe; el niño no tiene noticia y no puede tener fe.

P.—¿Cuando el cura pregunta al niño ¿crees? y el padrino responde por poder del niño *creo*, ¿qué procedía?

H.—Que así como el padrino *creo* por poder, también debe recibir él el bautismo *por poder*.

P.—¿Cuál es el tercer absurdo?

H.—Que la Iglesia enseña que para ser bautizado se necesita creer en el bautismo y quererlo; el niño no sólo no puede querer, sino que la Iglesia bautizó los niños de moros y judíos que no creían ni querían el bautismo.

P.—¿Qué derecho concede, pues, el bautismo en la Iglesia?

H.—Ninguno; sólo concede al clero el derecho de mandar, explotar y quemar al bautizado cuando le parezca.

### LECCIÓN IX.—DE LA CONFESIÓN

P.—¿Cuál es el absurdo de la confesión?

H.—Que la Iglesia enseña ser necesaria para perdonar los pecados; pero enseña también que nunca se sabe si Dios concede el perdón que se dice; y además enseña que Dios perdona al pecador contrito sin confesarse.

P.—Explica mejor el absurdo.

H.—Que la contrición y la gracia de Dios bastan para perdonar los pecados, y por tanto la confesión no es necesaria. Y sin la contrición, nadie sabe si ha sido perdonado por más que se confiese, por lo cual la confesión es una prueba dudosa, según los mismos católicos enseñan.

P.—¿Enseña esto la Iglesia?

H.—Sí señor: lo enseña en la Teología, pero á los ignorantes les hace creer lo contrario.

P.—Dicen que jamás sacerdote alguno ha revelado el secreto de la confesión. ¿Qué te parece de esto?

H.—Primera mente, que como la confesión se verifica sin testigos, sólo la víctima puede decirlo sin poder probarlo; y si lo dijere, sería procesado como calumniador. Además, ha habido muchos procesos de curas por este abuso, aun en la misma Inquisición. Segundamente, al obispo de Gerona, Jaime el Conquistador le cortó la lengua por este delito; al hijo de Felipe II, los confesores le traicionaron. Terceramente á los jesuitas se los expulsó de Austria por haber sido sorprendida una carta del confesor de la Emperatriz explicando la confesión de ésta: y así de infinitos casos comprobados, á pesar de la dificultad de la prueba.

P.—¿Hay otros abusos del secreto de la confesión?

H.—Sí, señor: el abuso de hacer revelar el nombre de otras personas delincuentes, para perseguirlas ó abusar de ellas.

P.—¿Se han cometido abusos en este particular?

H.—Muchos, y muy graves, y tantos, que los mismos Papas, horrorizados del descrédito en que caía la confesión, prohibieron á los confesores pedir el nombre de los cómplices.

P.—¿Dónde constan estos grandes abusos y esta prohibición?

H.—En los Breves del Papa Benedicto XIV de 7 de Junio de 1745, 2 de Junio y 28 septiembre de 1746, y 9 de Diciembre de 1749.

P.—¿Se observan fielmente estas reglas?

H.—No, señor. Porque por otras leyes se manda al penitente delatar al reo de otras faltas, para perseguirle, aunque sea su propio padre, ó su propio hijo.

P.—¿De qué clase de faltas se habla?

H.—Entre otras, de la falta llamada de herejía; pero el Clero sabe reducir cualquiera necho á herejía.

P.—¿Me pondrías un ejemplo?

H.—Sí, señor: la Inquisición mató á muchos españoles por lavarse los brazos y por no comer carne de cerdo; diciendo que esto de no comer cerdo era cosa de judíos y el lavarse era cosa de mahometanos.

P.—¿Se cometen otros abusos en la confesión?

H.—Sí, el llamado de *solicitud de cosus torpes*.

P.—¿Qué significa esto?

H.—Los niños no deben hablar ni querer saber de estas cosas torpes, sino cuando los padres crean llegado el caso de instruirles, y así yo no debo responder á esta pregunta.

P.—¿Quién inventó la confesión?

H.—Los curas. Jesuoristo no se confesó ni hizo confesar á nadie. Su Madre tampoco, los apóstoles tampoco, los cristianos de los primeros siglos tampoco.

P.—¿Siendo así, todos murieron sin confesión?

H.—Sí, señor; murieron sin confesión, sin unción, sin viático, sin funeral y fueron enterrados en los cementerios civiles, entre judíos y ateos.

S. P. O.

(Continuad.)

## Diario de un coplero

### PIEDAD

«Tú fuiste la que metiste á San Antonio en el pozo, y le diste «zanbuayas» pa que te saliera novio.»  
(Del cancionero popular.)

Una viejecilla, piadosa y sencilla, ante un San Cristóbal (y consta que «andóval» no es quien lo inventó, sino que en Sevilla realmente pasó), postró la rodilla, y así le rezó:

«San Cristóbalito,  
manitas, patitas,  
carita de rosa,  
da un novio á mi niña,  
que á tengo mozo.»



Y afirma la gente que el santo la oyó, y al día siguiente ya un novio le dió.

Quizá por librarse de tal pejiuera, cogió á la primera persona que vió (el sexo contrario, como es natural): un gran perdulario de un genio brutal, matón, mujeriego, borracho, ladrón, granuja, indarigo, procaz, bravucón, amigo del juego (tirándose el pigo), jueguista y «guarón»...

..

La moza se alegra; ¡que estabz ya negra de rabia, al pensar que se iba á «quear» sin «poerse» casar!

En cambio, la suegra se pone á rabiarse frenética al ver su plácido hogar trocado en infierno por culpa del yerno.

La pobre mujer se pone á lavar, ¡y no puede ser! Se pone á planchar, se pone á guisar, se pone á coser, se pone á bordar, se pone á comer, se pone á fregar...

Y (para acabar) no sabe qué hacer... ¡y se echa á llorar!

..

Y la viejecilla, piadosa y sencilla, ante el San Cristóbal (repito que «an dóval» no es quien lo inventó, porque esto en Sevilla realmente pasó) de nuevo postró, la humilde rodilla, y así le increpó:

«San Cristobalazo,  
manazas, patasas,  
carota de cuerno,  
cual tienes la cara  
me «distes» el yerno.»

Y afirma la gente que el santo la oyó; mas fué tan prudente, que no contestó...

..

Porque es la verdad que así suele ser lector, la piedad de toda mujer... y la devoción de todo varón.

Si el santo les hace su gusto, ¡qué gozo! Si no los complace... ¡no tiran al pezón!

¡Qué miedo, qué horror, qué barbaridad y qué atrocidad! ¡Me valga el Señor!

.....  
¡Y á... «eso», lector, le llaman «piedad»!!...

CARLOS MIRANDA

## ¿Yo, canonigo de Osma?

¡Menudo disgusto habrá dado usted, querido Barrioborro, al Cabildo de Burgo de Osma infliriéndole el agravio de suponer haberme cobijado en su seno!

No, amigo mío, no. Mucha fué mi de-gracia en la Iglesia, pero no llegó á tanto.

Y al rectificar este error, antes de que los clericales se agarren de ese pelo para hacer caer en sospecha otras afirmaciones exictas, le diré que no fui canonigo, sino que fui algo más que eso, ó sea hacedor y desfacedor de canónigos.

Tranquílese, pues, el buen obispo actual de Osma, uno de los mejorcitos que andan por ahí y que es lástima que sea obispo, y es más lástima que esté condenado á vivir en aquel avispero de Osma, cuyo Cabildo es tan pésimo como el mejor de todos, pues todos son igual.

No son ellos, sino yo el agraviado con la noticia, ya que no considero pueda existir mayor injuria para mí que la de suponerme capaz de aguantar, un mes

siquiera, la estúpida, la holgazana, la grosera y la depravada vida de canónigo, por asegurar un bocado de pan el más villano.

Estuve, sí, en Osma, pero no en su Cabildo.

Conste, pues, que no he tenido más voz ni más voto en aquella catedral que dos sermones predicados en su púlpito cantando las verdades del barquero á obispos y canónigos, y en general con-te que, en quince años de servicios activos prestados á la Iglesia del Estado, viví de mi trabajo extraño al ministerio, sin que en la Habiilitación del clero figure recibo alguno con mi firma, ni en las curias una pequeña instancia directa ni indirecta.

Y por esto puedo hablar y hablo; por esto puedo acusar y acuso; por esto yo soy fiel á la lógica y ellos son los apóstatas. Este es el patrimonio y el título que he traído á este campo: el de poder argüir cara á cara á todo el clero, desde el Papa al sacristán, desde el General jesuita al último lego, sin temor á que ninguno sea oído á hacerme frente, porque todos ellos están *afichados* de inicuos y estrafalarios en el proceso de mi conciencia.

Ya lo saben mis amigos de *Palabra Libre* y de *El País*. Rectifiquen esta especie, para restar á los clericales una arma que esgrimirían astutamente.

..

De otra especie apuntada en la biografía publicada he de hacerme eco, y es la referente á la inscripción de mi matrimonio en el Registro de la Dirección General.

Me consta positivamente que el Cónsul de Perpignan remitió á dicha Dirección la copia de la Inscripción, verificada en el Vice-Consulado de Port Vendres previa consulta reiterada del Vice Cónsul con el Cónsul de aquel distrito.

Del honrado personal del negociado y de la honradez política del Gobierno actual, no es de esperar que, á requirimiento terminante de la ley que no puede ser más clara ni más definitiva, se busquen pretextos dilatorios, así fuese el *Sursum Corda* el que se interpusiere.

He hecho para el Estado español la conquista de uno de los jirones de la soberanía civil, usurpada por el clericalismo vaticano. Si el Sr. Canalejas, quebrantando las leyes que á ello le obligan, arrostra la responsabilidad de negarse á tomar posesión de esta conquista, y tropella las leyes para halagar al Vaticano, acusaré al público este *renuncio* del programa liberal y este ultraje á la nación, cuyo Estado es incapaz para hacer efectivas sus leyes.

De todos modos, el matrimonio que da registrado en los libros del Estado español y oficialmente notificado al ministerio de S. M.

El expediente causado por la tramitación de estos negocios, va á salir al público de un día á otro, en un librito con el título de «Proceso y fin del Celibato en España», al cual me remito.

Gracias á *La Palabra Libre* y á *El País* por los elogios que me prodigan en el *flutteur* artículo de Barrioborro: merecerlos de condigno es la ambición de

S. PEY ORDEIX

## El Giro Postal

Desde el día 1.º de Agosto se establecerá el servicio del Giro Postal en las oficinas de Correos designadas por la Dirección general del ramo.

Podrán admitirse y pagarse giros desde una hasta cien pesetas como máximo, no admitiéndose fracciones menores de cinco céntimos.

El expedidor abonará en sellos especiales de giros que se expendrán en la Administración de Correos, el medio por ciento de la cantidad impuesta y además diez céntimos, en sellos también, por el envío de la orden de pago, cualquiera que sea la cantidad.

El premio del medio por ciento de la cantidad es con arreglo á la siguiente escala:

De 1'00 á 10 ptas.	5 céntimos.
De 10'05 á 20 íd.	10 íd.
De 20'05 á 30 íd.	15 íd.
De 30'05 á 40 íd.	20 íd.
De 40'05 á 50 íd.	25 íd.
De 50'05 á 60 íd.	30 íd.
De 60'05 á 70 íd.	35 íd.
De 70'05 á 80 íd.	40 íd.
De 80'05 á 90 íd.	45 íd.
De 90'05 á 100 íd.	50 íd.

El pago de la libranza se verificará por los carteros á la persona que vaya dirigida y en su domicilio. Los carteros no podrán percibir derechos algunos por este concepto.

Los giros al portador se abonarán en la oficina de Correos.

Al imponente del giro en el acto se le entregará un resguardo que conservará en su poder, y no tendrá necesidad de remitir al destinatario ninguna libranza ni documento, pues al último se le abonará en su domicilio la cantidad girada.

La reforma no puede ser más importante ni beneficiosa, siendo de desear que en el plazo más breve se extienda á todas las administraciones.

## ¡Señor Ponce de León!

¿Qué hace usted, nuestro carísimo D. Luis traga-liberales, qué hace usted y qué hacen sus cofrades los marqueses, duques, condes, mendigos y lacayos de la Defensa Social? ¿qué hace usted y qué hacen ustedes que no denuncian las láminas de EL MOTÍN, estas horribles, sacrílegas, terrrrribilísimas láminas que tanto jaleo están armando en España y fuera de España?

¿Quién diablo les ha tapado los ojos para no dejarles ver los horrrrrripilantísimos *escarnios* que contienen?

Cabe algo más terrrrrrribilísimo que eso de ver á un santo, ¡un santo proclamado por Pío IX! ¡un santo tan grrriande como San Pedro de Arbués, con aquel gesto de impulsivo, marcando con la vara las mujeres que han de ser llevadas al suplicio, alumbrando la escena los resplandores de las hogueras! ¡Y un Cristo colocado en el centro de la escena y elevado en a tol...



Amigo D. Luis: ante esta lámina, aquellas otras por usted perseguidas y condenadas son tortas y pan pintado. ¿Por qué no denuncia esta lámina, señor fundador de la Defensa Social? Ahí que tiene la firma del autor, Guillermo Kaulbach, tan á mano...

Y mientras esto ocurre, un fraile, ministro de Cristo, con todos los atributos distintivos de su profesión, con cerquillo y rosario inclusive, atrapa las bolsas sacadas de los reos... ¡Horror, terror!... ¿Y esto se consiente y esto se tolera y no se hunde la catedral de Toledo y no huyen de España indignados de esta tolerancia los obispos y frailes?... ¡Y tienen valor para cobrar la nómina mensual del Estado que tales cosas permite.

¿Y qué diremos de las otras láminas, sobre todo de ese Santo Domingo, presenciando desde rico trono de damasco el achicharramiento de los jovencillos amarrados al palo; y el santo, con aquella cara de mística satisfacción y de radiante consuelo interior?... Más abajo unos hombres, «imágenes vivas de Dio; sellados con la sangre de Cristo», atados á un ronzal como brutos... y el santo presenciándolo tan tranquilo...

Don Luis... ¿no ha visto el autor? Es Berruguete...

Y así de las otras láminas.

¿No tienen ojos los de la Defensa? ¿Les han quebrado las piernas á sus esbirros? ¿No hay Nuncio en Madrid, ni obispo-inquisidor de la pravedad herética, ni fiscal eclesiástico que cobra por eso, ó han renegado de su voto solemne los defensores sociales?

¿Qué ocurre, D. Luis, que no nos denuncian?

¿No ven que esto es peor que aquello; que hace más estragos que aquello, que aquello en total hacia reír, y que esto hace enervar los puños y fulgurar los ojos?

Porque, D. Luis; si tolerando y aguantando lo más, hacen ustedes bien, al perseguir lo menos, hicieron ustedes muy mal.

Y además de acusarles de infieles á sus votos profesionales, si con querer quitar aquel mal han creado este peor, se acreditan ustedes de ineptos, de necios, de casquivanos, de locos que se echan piedras á su tejado, de atolondrados que se meten en callejones sin salida y de sacar los puños para que les demos con la badila en los nudillos.

¿Qué dirán de ustedes, incapaces defensores que lo echan á perder, los redactores de *El Correo Español* y *El Siglo Futuro* que están en el secreto, y que saben que todavía no es esta la espada reservada, sino que no pasa del basto, á cuya presencia ustedes rinden la baraja de sus delaciones, de sus considerandos, resultandos, fallandos y faranduleandos?

¡Denúncienos, por el alma de su Santa Madre la Iglesia; denúncienos, que ardemos en deseos de recusarle y de admirar aquel disimulo con que el juez y el delator, cofrades y colegas, ocultan la confraternidad, intitulándose el uno simple ciudadano católico y el otro juez imparcial, callándose su identidad y parentesco con el sectorio!

Denúncienos, D. Luis; porque si no, cuando vaya usted al obispo, al Nuncio y á la Junta de Damas de la ilustre Estropajosa á hacer presente de sus victo-

rias, le van á responder con enfurruñamiento, diciéndole:

—Lucasgomezásteis, abogados de la Defensa. Os dejamos en Málaga y nos habéis metido en Malagón...

¡Vaya una salida la de los Quijotes clericales! ¡Han hecho un pan como unas hostias!

## Desde el cortijo (Sonetos... hasta cierto punto)

### Cristales y perlas

En la falda risueña de una loma entre juncos y verdes limoneros  
en que cantan los tímidos jigueros  
cuando la tibia luz del alba asoma;  
donde exhala el tomillo grato aroma  
y seestean los cándidos corderos,  
y un punto abandonando los otros  
arulla enamorada la paloma;  
donde siempre es florida primavera,  
de los cristales de la fuente clara  
brotan líquidas perlas á raudales...

Pero viene Currilla la bollera  
y se lava las manos y la cara  
¡y adiós perlas y lípidos cristales!

### La ciencia suprema

Rústico, que entre cerros y entre peñas  
pasas los años de tu breve vida  
como la fiera hirsuta defendida  
del cazador por las abruptas breñas.

¿Qué sabes, di? ¿Qué estudias ó qué enseñas?  
¿Conoces de los mundos la medida?  
¿Sabes que hay una patria bendecida?  
¿Amas el sumo bien ó lo desdenas?  
¿Ignoras de los seres los destinos?  
¿Sabes tú quién gobierna lo creado?  
¿Sabes del Cielo el mágico lenguaje?

—Yo, señor, sólo sé guardar gorrinos,  
uncir á la carreta el buey cansado  
y comer el gazpacho y el potaje.

### Meliora sequor

Raya en el meridiano esplendoroso  
el sol ardiente que los campos dora,  
y turba de gñanes bullidora  
descansa del trabajo fatigoso.

Del caserio en el portal umbrroso  
aviva la candela la pastora,  
en tanto que el zagal que la enamora  
alíña á su placer guiso sabroso.

Armado cada cual de su cu hara  
y del pan renegrido, á bocas llenas  
engullen y consumen el caldero.

Sus fuerzas el gñán así repara,  
las sopas son muy buenas, son muy buenas...  
pero á las sopas el jamón prefiere.

### A traición y sobre seguro

Apenas raya el sol por el oriente  
y alondras y pintados ruiseñores  
cantan en el taraje sus amores.  
al son de los arroyos y la fuente.

La perdiz encerrada, diligente  
el cazador, salvando los alcóres,  
entre peñas y espinos punzadores  
cúega la jau'a de la encina ingente.

Canta á poco la pájara. Al reclamo  
en alas de su amor, llega ligero,  
efervescente, el pájaro sin tino.

La pájara le canta: ¿Ven, te amo?  
y le dispara el cazador artero,  
y los valles retumban: «¡asesino!»

D. LORENZO DE MIRANDA

## Del Catecismo Racional

A los Profesores y Pedagogos  
colaboradores.

LA CRÍTICA

El proyecto del Catecismo ha despertado vivo interés en el Profesorado racionalista. Su colaboración nos permite augurar como resultado, una obra aproximada á la que reclaman las necesidades públicas.

Para orientar debidamente el trabajo de mis buenos colaboradores, debo decirles, además de lo dicho en otros números, que si bien la idea general *Catecismo* la he trabajado durante largos años, sin embargo, el desarrollo y redacción del texto es una simple improvisación, llamada Proyecto, no por modestia, sino por serlo en realidad, y aún mejor debieran llamarse *apuntes*.

He lanzado al público y solicitado la cooperación, por ver que la obra perfecta requería un tiempo del que no dispongo, y por ver que los años pasan veloces cargando sobre los presentes paladines de la conciencia una grave responsabilidad por demorar esta empresa.

Desde luego, entre otras faltas, ha de adolecer el proyecto de dos muy notables: de método filosófico y de arte retórico.

No pudiéndose publicar el escrito de una vez, la crítica debe reducirse de momento á las cuestiones de detalle; como si dijéramos al estudio del *macisaje* de las cuestiones y de su pulimentación particular; al final estudiaremos el arte del estilo y la colocación y ordenamiento para la solidez total del edificio, y el modo de trabar y encajar unas con otras las piedras ahora sueltas

CUESTIONES DE FONDO

Sobre este punto observo ciertas contradicciones y divergencias entre los comunicantes. Si fuéramos á atender todas las observaciones, en vez del *Eptotome* que debemos escribir, nos saldría un tratado voluminoso.

Seguramente esta diversidad de pareceres, procede de los distintos puntos de mira en que cada cual se coloca, en los diversos ambientes de intenso clericalismo, donde se siente la necesidad de ciertas cuestiones que parecen innecesarias desde otros ambientes.

Esto hace que no sea posible formar un catecismo que sea el más adecuado á cada región y á cada tiempo: sino que hemos de elegir aquellas ideas que parezcan lograr el *máximum de aplicabilidad* y que contengan virtualmente todas las que puedan presentarse en casos particulares, dejando á la acción de los maestros y pedagogos el trabajo de ampliar las que en cada lugar y momento puedan tener mayor interés.

SOBRE LAS RELIGIONES COMPARADAS

Indudablemente la comparación de religiones es un argumento poderosísimo, pero tropezamos con la dificultad de encuadrar dentro del marco, así.



sea sólo en miniatura, la comparación de detalles, propia de los grandes volúmenes; y al propio tiempo observamos que en la vida religiosa práctica, á veces lo más insignificante en razón filosófica, es lo más importante en el espíritu popular.

Acercas de lo primero hame parecido que basta delinear á grandes rasgos el origen universal de las religiones y sus ramificaciones en el primer grado, para luego concretarnos á la rama religiosa de nuestro país, que es lo inmediato indispensable.

#### SOBRE LA EXPOSICIÓN DEL CATOLICISMO

Es tarea no fácil acertar con el mejor plan para un tratado breve de este gran complejo llamado *catolicismo*, en revesado tejido de absurdos filosóficos, teológicos, dogmáticos y morales; ciempiés enloquecedor de los críticos y baullo tan enorme que ni el Papa ni el Concilio saben por donde se andan. Es un todo formado por el aluvión de treinta siglos y de todos los pueblos, que en cada época y en cada país toma caracteres particulares distintos y tan contradictorios como lo son Torquemada y Vicente de Paúl, la Estropajosa inquieta, farandulera y enredadora, y la anacoreta del retiro sepultada en la oscuridad y el silencio; que hace un sacramento del matrimonio y un sacramento, contra sacramento, del Celibato, etc.

Es también imposible en un catecismo hacer una exposición *universal* del Maremagnum de absurdos, por lo cual creo que debemos limitarnos á exponerlo en la forma actual que tiene en los pueblos latinos, y en las especiales modalidades que adopta para los pueblos de raza española que es lo inmediatamente necesario.

#### CRITERIO POR SEGUIR

Sobre tres bases principales paréceme que debe levantarse nuestro *Catecismo*: la *histórica*, la *crítica-histórica*, y la *crítica científica*.

En la *Histórica* deben exponerse, dentro de lo dicho antes, sucinta y gráficamente, con la mayor precisión posible, los hechos y dichos eclesidásticos.

Para la *crítica histórica* paréceme lo más eficaz comparar los dichos y hechos de hoy en España, con los dichos y hechos eclesidásticos de otros tiempos y países, con lo cual se logra que sea la misma Iglesia la que se critica y se refuta, dejando al niño la espontaneidad lógica de aplicar su crítica rudimentaria, con el famoso argumento triturador del dogma: «¿cambias? luego mientes».

Para la *científica* paréceme lo más acertado yuxtaponer á los hechos eclesidásticos los hechos científicos llegados á categoría de tales, bien sea por la aceptación universal, bien por la demostración inconcusa, que el niño habrá de ver confirmados en las asignaturas.

#### QUESTIONES DE FORMA

De dos maneras puede considerarse el hecho religioso: ó bien inmediatamente como centro de corrupción, desastroso para la humanidad, en cuyo caso se excita la abominación y el odio del niño cualquiera que sea la forma expositiva; ó bien en su origen y desarrollo lógico para deducir la irresponsabilidad de su mal, como el cáncer es

irresponsable de su cáncer y la víbora de ser víbora.

El primer sistema, engendra el odio sectario, reñido con el sentir de la Antropología: el segundo sistema expone al niño á una excesiva conmiseración y tolerancia del mal, como si dijéramos, que por no hacer daño á la víbora irresponsable, castiga injustamente á los demás á sufrir sus picaduras. Y esto es injusto también y antipolítico en el buen sentido de la palabra.

Teóricamente hay un sistema de perfecta equidad, cual es excitar la execración más intensa de los sistemas, y la compasión más profunda hacia las personas que los propagan por fatalidad.

Pero en la práctica este sistema de perfecta equidad, es de difícilísima aplicación; pues en muchos casos, aun considerando como enfermos y como víctimas las personas fanatizadas, resultará siempre que la tolerancia con el enfermo es tolerancia con la propagación y peligro del mal.

Lo cual, tratándose del fanatismo religioso que lleva al fanático á creerse él el sano, á reputar virtud su ferocidad y á estimar como violencia todo freno puesto á su furia, estos enfermos debieran ser tratados como locos de remate y además como locos furiosos. Y aún el médico más altruista y de nervios más templados pierde la calma y la razón médica cuando se ve agredido furiosamente por el loco, á quien acomete con la razón de los puños para defender no la ciencia, sino el pellejo, sin el cual no hay ciencia posible.

Confieso que esta es la mayor dificultad: la de saber contenerse en el término medio en este pueblo de exaltados impetuosos y tratándose de requetés y jesuitas incapaces de apreciar la gran razón de la Razón, que confunden la tolerancia con la cobardía, el respeto con la debilidad y utilizan las treguas para mejor preparar sus asaltos.

#### QUESTIONES TRIVIALES

He dicho que hay en la vitalidad religiosa de España, cuestiones científicamente triviales y prácticamente trascendentales y viceversa. Así, por ejemplo, las cuestiones de la personalidad conceptual «Dios», precede en importancia filosófica á la cuestión «infierno»; y sin embargo, esta idea tiene prácticamente gran eficacia en el pueblo español, mientras que la otra es poco menos que estéril.

En Aragón es de mayor intensidad bio religiosa la idea «Pilarica», que la de «Trinidad».

En el *Catecismo* paréceme que debe concederse mayor extensión y detalle á estas ideas prácticas que á las otras, bastando para estas la indicación que deje insinuado el camino lógico-crítico para su estudio en la mayor edad.

#### QUESTION MORAL

El *Catecismo católico*, al propio tiempo que es un canon dogmático, es también un código moral.

En el nuestro, no es posible dar el debido desarrollo á la cuestión moral, que forma asignatura aparte, pero tampoco se puede prescindir de las ideas fundamentales de la moral catequística-católica.

En este punto, concretarnos á hacer sentir la inmoralidad católica, sería hacer una obra puramente negativa, y en

cambio la general afirmativa es impropia de este libro.

Paréceme, pues, que en esta materia debemos buscar el término medio, dejando claramente acusada aquella inmoralidad, y claramente insinuadas las orientaciones positivas de la verdadera moral, que lejos de sumir en el escepticismo y amoralidad al alumno, lo dejen perfectamente orientado por el camino de las nuevas afirmaciones.

Todo esto, amables colaboradores, teóricamente es muy llano; falta ahora que sepamos poner el cascabel al gato. Y ¡ahí de nuestros esfuerzos!

Al terminar la publicación del escrito, recogeremos todas las observaciones y sobre ellas esbozaremos el *Catecismo Definitivo*, en espera de otro mejor.

S. P. O.

## La maldición del obispo

Pues señor... vamos á contar un cuento. Si alguno lo conoce que se aguante, el que no lo conozca puede reírse ó quedarse serio; nos es igual.

Advertimos que no podemos narrarlo tal como lo refirieron. Y allá va.

En alta mar, un temporal furioso, deshecho, está á punto de deshacer un buque.

Los tripulantes están aterrados, consternados, viendo sus vidas en inminente peligro.

Un obispo gordiflón, encerrado con su secretario en un camarote, teme por su regalona existencia.

Su Ilustrísima dice al secretario:

—Anda, hijo, asómate á cubierta para recoger impresiones.

Al poco rato baja el secretario con la angustia pintada en el rostro:

—Señor, me parece que no salimos con bien. La tripulación blasfema diciendo pestes de todos los santos.

El obispo, algo más sosegado, murmura:

—¡Menos mal!... ¡Aún hay esperanza! El barco se balancea de un modo horrible.

—¡Sube, sube otra vez!

Obedece el secretario; vuelve espantado, escandalizado:

—¡Señor, increpan duramente al Altísimo!

—¡Vamos bien!... ¡No desesperemos todavía!...—exclama el obispo con evangélica resignación.

Tercera subida del secretario, que esta vez baja lívido, completamente descompuesto:

—¡¡¡Reniegan de la Virgen!!!

El prelado con gesto doloroso:

—¡Quién sabe!... ¡Aún nos podríamos salvar!

Suena un crujido espeluznante. El secretario, más muerto que vivo, sube por última vez á cubierta. Reaparece cadavérico, desfallecido, arrastrándose, y exhala lastimeramente:

—¡Señor!... ¡La tripulación, arrodillada, reza fervorosamente!...

El obispo descarga un puñetazo y ruge una palabrota:

—¡Maldición!... ¡Estamos perdidos!...



## COSAS QUE HE OICHO

La unión revolucionaria no puede hacerse, si antes no se mandan todos los programas á donde diz que se fué el Padre no sé cuántos; creo que Padilla.

Sí, es preciso ir á la unión desligados de todas las brillantes majaderías que nos han impedido entendernos de verdad: principios, programas, consecuencias.... ¡Mala peste en todas ellas, que á tan ruin situación nos han traído!

Hoy por hoy no nos hace falta más que este principio: *la República*; más que este programa: *traerla*; más que esta consecuencia: *conservarla*. ¿Por qué medios? Por todos.

Si después de establecida hay quien se viene con escútipulos, se le anula; quien la desacredita, se leerva á presidio; quien se subleva, se le fusila.

¿Que al ún principio se resiente por esto? Como si no. Demos parodiar y practicar en los primeros tiempos de ya República la célebre frase de O'Donnell: «no moriré de empacho de legalidad».

Pueden, por tanto, desechar sus temores los que creen que la unión puede ser otra cosa que revolucionaria, antes del parto, en el parto y después del parto.—1896.

Por haber robado *seis cuartos y media libra de pan*, ha sido condenado José Martínez por la Audiencia de Santander, á *dos años, once meses y once días de presidio correccional, accesorias y costas*.

¿Qué decía yo? ¿Se castiga ó no se castiga el robo?

Eso, sí; hay ladrones con suerte, y da la casualidad que siempre suelen pertenecer al gremio de los que roban mucho.

Tahonero hay que *robará* diariamente dos ó tres arrobas de pan, y no le pasa nada, mientras se Martínez va á presidio por *media* libra.

Lo dicho; cuestión de suerte.—1885.

Así como el pez ha nacido para nadar y para volar el pajarito, muchos republicanos han nacido para pronunciar discursos.

Con motivo de las elecciones pasadas, esos á quienes me refiero se despacharon á su gusto preconizando las ventajas de la lucha legal; hablaron largo y tendido después del triunfo; en el Congreso sostuvieron un pugilato de oratoria que volvió locos de contento á quienes no tienen otra profesión que la de entusiasmarse, importándoles poco el motivo, y ahora que se han retirado de las Cortes, se preparan á salir por esos mundos á charlar.

¡Bienaventurados los prudentes que permanezcan en sus casas y los sordos que acudan á oírlos, porque ellos se li-

brarán de la millonésima edición de las mismas frases, dichas en el mismo tono; de las promesas de la próxima impantación de la República, que el tiempo, eterno burlador, se encarga de desmentir; de los elogios repetidos al civismo, el talento y las grandes dotes de los jefes que nos han tenido diez y ocho años alimentándonos de ilusiones, y que nos mantendrán otros tantos si el pueblo no tiene un arranque salvador.—1893.

A un judío, á pesar de ser millonario, le han concedido la gran cruz de Isabel la Católica.

¿A pesar de ser millonario he dicho? No; por serlo precisamente.

Aquí, quien sale siempre perdiendo, es Cristo.—1881.

De todos los errores que pueden cometer los individuos y las colectividades, ninguno mayor que el de contar para la realización de sus planes con recursos ó fuerzas que no tienen. Diga Francia, vencida en la última guerra por creer que disponía de los regimientos que la farsa oficial exhibía.

Cerrar los ojos ante la evidencia será consolador, pero da tristes resultados; y lo evidente de las jefaturas republicanas hoy, es que se parecen á esas imágenes que exhiben en las iglesias, talladas perfectamente por delante y huecas y llenas de telarañas por detrás.

Mientras los fieles no se enteran preséntanse ante ellas y hasta creen que pueden hacer milagros; mas una vez en autos, piédenles el respeto y no se cuidan de ellas para nada.—1896.

Cuatro hombres han muerto en el patíbulo en Tarragona. Al acto han asistido 12 000 almas.

Esta atluencia de gente prueba dos cosas: los sentimientos humanitarios de este pueblo católico y que el espectáculo es grátis.—1882.

¿Pero es posible, me pregunto, que no haya entre los republicanos de vala alguno con ambición bastante para aspirar al primer puesto, ó lo suficientemente hábil para aparentar que renuncia á lo que tiene para quedarse con todo?

No pido ya patriotismo, amor á España, ni odio á la monarquía; pido sólo ambición, deseos de ser el amo. ¿Y no ha de haber ni esto entre nosotros? ¿No hemos de tener un hombre que suñe con el poder por todo lo alto, hasta con la dictadura para ejercea é?

El que hoy disolviera su partido y se alistase de soldado de filas, ese sería el general en jefe; y mientras más aparentase despreciar el cargo, con más empuño se le ofrecería. Nos hace tanta falta un hombre, que ha ta aparentaríamos creer en su desinterés y su modestia.

La cuestión está en hallar uno que disuelva para congrega, que renuncie para adquirir, que se eclipse para bri-

llar; que nosotros, aun sabiendo lo que pretende, lo aplaudiremos y ayudaremos.

Estamos tan hastiados ya de hombres pequeños y cosas chicas, que cerráramos los ojos para no ver que se nos engañaba, con tal de que se nos engañase en grande y para algo grande.—1896.

Se instruye causa al maestro de escuela de Fregeneda, por haber causado la muerte á un niño con sus malos tratamientos.

A presidio con él por homicida, y por usurpar atribuciones á frailes y profesores de colegios católicos.—1882.

Yo no lo dudo, yo no puedo dudar. Cuando vosotros, federales y progresistas, habláis con tanta seguridad de la revolución, es que la tenéis preparada. Sois demasiado serios para lanzar esa noticia únicamente por combatir la fusión, teniendo un medio más seguro de acabar con ella. ¿Cuál? Sublevaros antes de que la Asamblea se reúna. Y os aplaudiremos todos y nos pondremos á vuestras órdenes después. ¿Para qué íbamos á pactar la fusión? Para traer la República. Si vosotros os anticipáis, ¿qué falta haría ya para ella?

Nada, nada ¡a la revolución! Vencidos, seréis los gilegos de las Termópilas republicanas, los Díoiz y Valde del Dos de Mayo democrático. Morir por lo que se ama, ¡qué morir tan bello! Vencedores ¡oh! vencedores, que el laurel se honre orlando vuestras gloriosas frentes, y la Fama se extienda soplando por vosotros en sus cien trompetas.—1897.

Decía Cánovas del Castillo en las columnas de *El Muro* é ago en 1854.

«Somos enemigos del derramamiento de sangre y creemos que un solo ejemplo puede servir de correctivo y evitar que la gangrena se propague.

Salamanca colgado del balcón de la Casa de Correos, sería una gran lección de moralidad.»

También yo, como Cánovas, soy enemigo de la fusión de sangre, si bien no tan modesto, pues me atrevo á aumentar el número de los destinados al justiciero y consoador espectáculo, hasta 25 ó 30; claro es que sin la más remota pretensión de coartar en nada la iniciativa individual.

Mas, entiéndase bien: si por dicha para esta nación llegásemos, tarde ó temprano, á ponernos en condiciones de realizar el ideal de Cánovas, un poquito ampliado, habría que realizarlo en tres ó cuatro días, en una semana á lo sumo; es decir, antes que el gobierno surgido de la revolución entrase en funciones normales; pues una vez llegado este caso, opino como Danton.

Cuando después de la victoria del 10 de Agosto de 1792, el popular tribuno fué nombrado ministro de Justicia, pronunció esta frase:

«Donde comienza la acción de la jus-



ticia, deben detenerse las venganzas populares.—1897.

*La Unión Católica* dice que antes, cuando se oía un viva la libertad! se atrancaba la puerta.

Habiendo dinamita y buena voluntad, esa precaución resultaría hoy completamente inútil.—1884

El domingo último se cayó al estanco del R. tiro un niño de dos años, y un soldado del regimiento de Girellano, Antonio Pastor, se arrojó al agua y le salvó.

Si hubiera sido cura ó fraile, algún católico lo comunicaría á Roma, y el día menos pensado, después de cien años muerto y de gusanos comido, se encontraría hecho un personaje, ejerciendo de santo en un altar.

Lo que es no saber elegir oficio.—1832.

Ocurre desde hace algún tiempo entre nosotros los republicanos, que los más patéticos, los más instruidos, los más honrados, se van retirando á sus casas, mientras bullen y excomulgan y medran los que nada hicieron y menos valen.

Creo que sería una buena idea la de formar un partido con los hombres de valer, enérgicos y dignos que no se someten á las jefaturas: partido que no se parecería á los demás y que valdría más que todos por su calidad y hasta por su número.

Y esto se conseguiría reuniéndonos todos los anatematizados y calumniados por los jefes y sus camarilla; todos los que viven ajeados de la política activa para no morir de asco; todos los que la vocinglería y la farsa de los ambiciosos de retrete mantiene á prudente distancia de las luchas de infusorios en que nos agitamos; todos los que, sin haberse aún proclamado independientes, lo son en realidad; en fin, cuantos creemos que sin dignidad en los individuos no puede haber a en los partidos. Y entonces verían los jefes lo que han perdido, y se convencerían de que vale mucho menos lo que hoy les queda.

Pero no formaremos ese partido. Todo lo que es de osada ineptitud, tiene de modesto el mérito. Entre los republicanos vienen predominando los presidentes de comité que aspiran á ser mañana alcaldes, los de juntas provinciales que sueñan con ser gobernadores, y los individuos de las juntas directivas que casi no se contentan con ser ministros; y nada más natural que acojan, y apoyen y busquen fuerzas en los que tienen echado el ojo á las plazas de inspectores de policía, cabos de consumos, directores de así os benéficos y contratistas de la limpieza de pozos negros.

¿Y quién se pone enfrente de toda esa basura sin exponerse á perder el ofato y sucumbir por contagio de cual-

quiera de esas enfermedades mortales cuyos microbios se llaman inmoralidad y desvergüenza?—1894.

Pocos republicanos creeríamos hoy que nos echaban un piropo al llamarnos cantonales... Y, sin embargo, en pie no cantón vivimos.

Cantón federal (dividido á su vez en dos), cantón cenutista, cantón nacional y cantón progresista, sin contar otros cantoncitos dentro de éstos, ni con el orgánico, ni con alguno más que no recuerdo en este instante.

Abajo, pues, los cantones, y busquemos en la unidad republicana la fuerza necesaria para la acción común.

Y sin esto, resignemosnos á seguir, nuevos y empalagosos Jeremías, profetizando con lágrimas en los ojos la ruina completa de la patria.—1896.

El corresponsal de *La Correspondencia de España*, en Jerez, dice que, «á Dios gracias, los asesinatos y homicidios se han cometi-do entre los asociados de la *Mano Negra*, matándose unos á otros como fieras salvajes.»

En tal caso, ¿i que perseguirlos? ¿Hay más que dejarlos exterminarse entre sí? Extraña asociación de criminales esa, fundada para eliminarse fraternalmente.

«En cuanto á robos —prosigue el corresponsal— si alguno se ha verificado, ha carecido de importancia.»

¿Si vend á á resu tar que no se parecen ni en esto á los conservadores?

S. siguen así, voy á perder muchas ilusiones.—1883.

En el Pretil de los Consejos fué detenido un hombre por llamar la atención del público con un traje excesivamente ligero para la estación actual y aun para la de verano.

Es extraño que todavía llame la atención el ver así á un español, después de haber soportado tantos gobiernos restauradores.

A la mayoría no le han dejado otro traje.—1888.

Cuando ocurre un incendio en una barrada en Filipinas, el indio no se cuida más que de salvar el gallo, así perzan entre las llamas su mujer y sus hijos.

A go de eso les ocurre hoy á ciertos republicanos: ante la catástrofa tremenda que sufre España, únicamente se cuidan de salvar sus principios (el gallo de los indios), así se lo lleve todo la trampa.—1896.

Oscar Wilde, poeta mimado de la aristocracia inglesa, ha sido procesado por dedicarse á la sodomía, haciendo banco en sus admiradores.

La prensa ha publicado extensos relatos de este escandaloso proceso, del que no me ocuparía á no ser por hacer constar que ese indecente se distinguía

por sus atzques á las crudezas literarias de Zola.

Como éste hay muchos, que se indignan en nombre de la moral para apartar de sí las miradas y poder entregarse á las mayores abominaciones.

Por esto, cada vez que varios individuos se reúnen en sociedad virtuosa, pienso en Sodoma.

O o, pues, con los pudorosos de oficio.—1895.

Decimos en todos los tonos que la República acabaría la guerra de Cuba.

Mas como para acabar la guerra es indispensable que antes venga la República, y como no estamos dispuesto ninguno á sacrificar el más leve de nuestros principios para que venga, pueden seguir llorando las madres españolas, continuar empedrándose con huesos de españoles el suelo cubano, y arruinándonos todos en paz y en gracia de Dios.—1896.

Un periódico ha sido denunciado en Badajoz, por un artículo titulado: *¡Abajo los ladrones!*

Siempre es peligroso meterse con tales caballeros; pero aumenta el peligro cuando un partido cae y otro sube, porque ya cual de los dos se refiere el grito?

Así se disgusta á ambos, y el que está en el poder denuncia al periódico, como lo hubiera hecho el caído, por la conciencia que cada cual tiene de merecer el calificativo.

En estos asuntos hay que andarse con gran liento para no crear emulaciones de inmoralidad.—1892.

Se halla vacante la plaza de verdugo de Granada, dotada con 2.000 pesetas al año.

Conservadores, ¡aprovechad la ocasión!

Aunque no; deshonoraríais el cargo.—1887.

En Montilla y en otros puntos hay todavía presos desde el año 873, sin que se hayan visto sus causas.

En este tiempo los ladrones de la restauración se han hecho ricos, y muchos que han cometido verdaderos asesinatos desde el poder, van por ahí en coche.

¡Y vivan la justicia, y el orden, y el principio de autoridad, y un cañón de á treinta y seis!—1886.

Los monárquicos se desataron el 11 de Febrero en denuestos contra la República.

Hicieron bien. Si la República hubiera cumplido con su deber, librando á España de pillos y ladrones, no se cebarían ahora los consevidos en ella.

Si único delito fué el ser débil. No lo olvidemos el día que vue.vá.—1887.



## Carta de Felipe II

al cardenal Pacheco de Toledo

«Muy reverendo en Cristo, padre cardenal arzobispo de Burgos nuestro muy caro y amado amigo: porque habemos sido informado que en los días de Semana Santa, en que con mayor respeto, devoción y reverencia se había de estar y asistir en las iglesias y templos, á las misas, sacrificios, procesiones y otros divinos oficios que en ella se dicen y celebran y suelen hacer mayores excesos y pecados; y en que Dios nuestro señor es muy gravemente ofendido, y como quiera que para proveer en ello de manera que se excusen y eviten los dichos pecados y excesos se nos escribe y encarga en otra nuestra carta de la data de ésta, que nos enviéis particular relación con vuestro parecer cerca de las cosas que en ella veréis para que se pueda tomar la resolución que convenga, os encargamos mucho que para esta Semana Santa ordenéis y proveáis que en las iglesias no se consientan en ninguna manera que el Jueves ni Viernes Santo haya comidas, meriendas ni colaciones, aunque sea en las sacristías y tribunas, y que tengáis mucha cuenta con ordenar y proveer que la noche del Jueves Santo en las iglesias se ponga en todas las partes de ellas que conviniere las luces que fueren menester para que no estén oscuras y se excusen los dichos excesos é inconvenientes, y que asimismo diputéis y nombréis personas eclesiásticas y seglares de buen celo y espíritu que tengan cuenta con que no haya excesos ni deshonestidades en las dichas iglesias, y que también no se consientan estar en ella mujeres rebozadas ni cubiertas, y que si algunas quisieren estar y asistir acompañando los monumentos donde está encerrado el Santísimo Sacramento, estén con su rostro descubierto y que asimismo ordenéis á los curas tengan cada uno mucha cuenta con visitar su iglesia aquella noche porque no haya en ella ningún exceso ni desorden.

Y porque para el buen efecto de ello será necesario el auxilio de la justicia, comunicareis esta nuestra carta con los corregidores y justicia de esa ciudad y de los otros pueblos de vuestra diócesis, en virtud de lo cual ó de su tratado signado de escribano público, mandamos á los dichos corregidores y justicias que cada uno en su jurisdicción den y hagan dar á vos y á vuestros ministros y á las personas eclesiásticas el favor y ayuda que se le pidiera y fuere menester para el cumplimiento y ejecución de todo lo susodicho, y que si fuere necesario crear algunos alguaciles para que en las iglesias, monasterios y hospitales haya mejor recaudo en ello aquella noche para excusar los dichos excesos; por la presente damos comisión y facultad á los dichos corregidores y justicias para que los puedan criar en el número que les pareciere, advirtiéndoles el que sean personas de confianza y rectitud, y que asimismo provean y ordenen que aquellos días y noches en las puertas de las iglesias ni en las calles y partes donde ordinariamente se suelen y acostumbra vender golosinas y confituras y conservas y otras comidas regaladas, no se vendan

ni consientan vender por ninguna manera, que así conviene al servicio de Nuestro Señor Jesucristo, que en ello nos haréis mucho placer; y sea muy reverendo su Cristo padre, cardenal arzobispo, muy caro y amado amigo. Nuestro Señor, en vuestra continua guarda.—Madrid á 19 de enero de 1575.—Yo el rey.—Yo Juan de los Arcos, secretario del dicho señor cardenal arzobispo de Burgos, y por mandado de su ilustrísima y reverendísima, lo he hecho copiar, corregir y concordar con el original que queda en mi poder por el dicho mandado.—Burgos, 28 de marzo de 1575.—Juan de los Arcos.»

## DOCUMENTO CURIOSO

Joseph La Iglesia, Notario público Numerario y de la Audiencia Eclesiástica de esta ciudad y Obispado de Tarazona:

CERTIFICO Y DOY FÉ, que en la causa criminal de oficio fulminada contra D. Juan Vicente, presbítero de la ciudad de Corella de esta Diócesis, sobre varios excesos y defectos, se ha proveído por el Sr. Provisor el auto definitivo del tenor siguiente:

En la ciudad de Tarazona á diez y seis del mes de Octubre del año mil setecientos setenta y tres, el M. L. Sr. Dr. D. José Mancho y Ramón, Canónigo de la Santa Iglesia Catedral, Provisor y Vicario General de la misma ciudad y todo su obispado por el Ilustrísimo Sr. D. Joseph Laplana y Castillon por la gracia de Dios y de la Santa Sepe Apostólica Obispo de la propia ciudad, del Consejo de S. M., &c.

Habiendo visto estos autos, dijo que se debía mandar y mando que se aperciba á D. Juan Vicente, presbítero preso en estas cárceles episcopales, que en adelante se abstenga de beber vino en demasía y del cigarro: de acompañarse con cortadores y otras gentes de esa especie: que sea más moderado y respetuoso al cura de su parroquia y no cause con su genio alboroto y descompuerto inquietudes ni motivos de disgusto á nadie; ni tampoco profiera palabras injuriosas al honor de personas algunas; ni grite en las calles ni puestos públicos por ningún motivo; que cuide del servicio y alajas de su iglesia, sacristía y lámparas como debe: celebrando (cuando por su merced se le permitiere) el Santo Sacrificio de la Misa con la gravedad, modestia, detención, compostura y pronunciación clara y distinta en sus oraciones y con las ceremonias del Ritual Romano que pide tan elevado ministerio, pena de que por cualquiera falta que se le note será reducido á las mismas cárceles y quedará privado para siempre de las licencias de celebrar y del empleo de sacristán que obtiene. Que en atención á su ignorancia en la latinidad, moral y doctrina cristiana que le incumben con su estado y obligaciones y por los demás motivos que constan de la causa, se le manda vaya al convento de Carmelitas Descalzas de la ciudad de Corella hasta nueva providencia y á las órdenes de su prelado, siguiendo todos los actos de comunidad, ayunos, mortificaciones y ejercicios de aquellos religiosos, sin permitirle el uso de otros

manjares que los que á ellos se dieran; aplicándose en este tiempo á instruirse en la santidad, doctrina cristiana y principales obligaciones de su carácter. Y que pagando las costas de esta causa en que se le condena, se abre el embargo de sus bienes y cancelaría á efecto á que accedo á su destino vía recta, librándose la certificación correspondiente de este auto para que el Fiscal Eclesiástico de aquella ciudad pueda estar á la vista de su cumplimiento en todas sus partes y avisar de cualquiera contravención que advirtiere, sobre el que se le haga el más estrecho encargo. Sirve lo proveído su merced y firmo á que doy fé.—DR. D. JOSÉ MANCHO, Vicario General.—Ante mí, JOSEPH LA IGLESIA, Notario.

Y para que conste, refiriéndome á la causa que queda original en mi ofloina, doy el presente testimonio que signo y firmo en la otra ciudad de Tarazona á diez y seis de Octubre de mil setecientos setenta y tres.

EN TESTIMONIO DE VERDAD  
(Aquí el signo y la firma del Notario).

Doy las gracias al cielo por haberse dignado enviarme al mundo en unos tiempos que no hay ni recuerdo de que hayan existido curas del calibre de aquel Juan Vicente: dado el amor que profesó á la clase, hubiera yo padecido horriblemente si llego á tropezar con un cura borracho, amigo de ir en malas compañías, irrespetuoso, injuriador, rabanaresco, descuidado de su deber, ignorante en latinidad, moral y doctrina cristiana, etc., etc.

Verdad es que acaso encuentre más abominable la conducta de aquel desventurado sacerdote, por la costumbre de ver que todos los de ahora son modelos de templanza, honestidad, respetuosos con todo el mundo, sobrios, instruidos, etc., etc.

Así vivimos de tranquilos y contentos los españoles de ahora, al contrario de los de aquellos tiempos, que estarían siempre con el alma en un hilo temiendo tropezarse con un Juan Vicente, ó con varios, en su camino.

Los que niegan el progreso, que me digan si es posible encontrar hoy un cura como aquél, ni aún buscándolo á moco de candel.

## Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten  
y los buenos perseveren,  
O SEA

RECOPILACION ESCOGIDA

DE LOS CÉLEBRES Y ODORÍFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTIN"

POR

JOSÉ NAKENS

UNA PESETA

IMPRESA DOMINGO BLANCO - LIBERTAD, 81